

LA EMPRESA DE GÁLVEZ EN ALTA CALIFORNIA: LAS DIFÍCILES RELACIONES ENTRE SUS PROTAGONISTAS, 1769-1770

SYLVIA L. HILTON
Universidad Complutense

Las instrucciones del visitador Gálvez a todos los oficiales protagonistas de la ocupación española de la Alta California eran sumamente detalladas y explícitas, de modo que no cabe dudar sobre su empeño en el éxito de esta empresa. A Vila le advirtió: "No se puede perdonar trabajo, desvelo, ni fatiga para lograr ahora unos tan santos y justos fines, pues el desistir de ellos sin tocar primero la última línea de lo imposible sería cargo de malas resultas, por ofensivo a Dios, al rey y a la Patria" ¹. A Fages, Costansó y Pérez se les entregó copias de las instrucciones de Vila, instándoles en las suyas propias a esforzarse al máximo en virtud de su celo, honor, valor, constancia y esmero. A Rivera le dijo: "En cualquier embarazo que sobrevenga, no siendo absolutamente invencible en lo humano, ha de llegar la expedición a Monterrey" ².

Como comandante de la expedición Gálvez eligió al capitán Gaspar de Portolá, gobernador de California y militar veterano con casi treinta y cinco años de servicio a la Corona en su haber, habiendo participado en varias guerras en Europa. En 1769 tenía cerca de cincuenta y un años y de él se ha dicho que era un hombre tolerante, popular, valiente, y honrado,³ destacando en 1769-1770 su liderazgo prudente y valeroso ⁴. El padre Francisco de Palou, colaborador en el proyecto desde sus comienzos, dice que el capitán Gaspar de Portolá se ofreció como voluntario para encabezar la expedición, afirmación que Nuttall cree que probablemente sea verdad, teniendo en cuenta que sería un medio de salir de la península bajocaliforniana (que era sumamente pobre), de zafarse de su destino poco gratificante como gobernador de esa provincia, y de contribuir a una importante expansión española frente a una amenaza rusa. En definitiva, Portolá vio una oportunidad de prestar a la Corona un servicio señalado, que podría ganarle una buena recompensa.

De momento, la expedición terrestre conducida por el propio Portolá requirió todo lo que podían dar las pobres misiones por donde pasó, hasta el punto de perturbar la conciencia del gobernador ⁶. En seguida, se le presentó un contratiempo al no poder continuar el viaje con la debida rapidez porque hubo que

esperar a Serra, retenido primero por la recogida de utensilios y adornos para las nuevas misiones, y después por el empeoramiento de las úlceras varicosas que padecía desde hacía años en una pierna. Lógicamente el comandante expresaba su preocupación por la salud y la seguridad del padre presidente de las misiones, sugiriendo que fuese en su lugar el padre Palou, quien le apoyó en esta pretensión pero es probable que Portolá, impaciente por el retraso, considerase también que las heridas y la avanzada edad de Serra pudiesen comprometer la capacidad de maniobra de toda la expedición. Sin embargo, Serra no se dejó disuadir y hubo que llevarle parte del camino en camilla.

Por lo demás, la marcha se realizó en razonables jornadas, siguiendo la ruta abierta por el capitán Rivera, quien iba al frente de la primera expedición terrestre ⁷. Para cualquier trabajo que se ofeciese, contaba Portolá con la inestimable ayuda del experimentado sargento Francisco Ortega al frente de diez soldados de cuera, y más de cuarenta indios de las misiones de la Baja California con algunos arrieros ⁸. El comandante llevaba suficientes provisiones, en principio, para llegar hasta Monterrey ⁹, de modo que este grupo llegó a su primer destino sin más quebranto que la pérdida por desertión o muerte de la mayoría de sus trabajadores bajocalifornianos ¹⁰.

SAN DIEGO

Ahora bien, el día 28 de junio Ortega y otro explorador, quienes, como era habitual, se habían adelantado al grueso de la columna, volvieron acompañados por diez soldados de Rivera, para informar a Portolá sobre los problemas que se habían presentado en San Diego. Ante estas noticias el gobernador aceleró su propia marcha al frente de una pequeña escolta, llegando al puerto el 29 de junio, mientras que el resto del grupo siguió con los animales a su propio paso, reuniéndose con los demás el 1 de julio ¹¹.

El grupo de Rivera había llegado, sin bajas ni enfermos entre los españoles, el 14 de mayo, después de una marcha de siete semanas y media. Con Rivera iban veinticinco soldados de cuera, el pilotín José de Cañizares, el padre Crespí, tres arrieros, y entre cuarenta y cincuenta indios, de los cuales llegaron a San Diego sólo trece, habiendo perdido a algunos por defunción y muchos por desertión o porque Rivera los envió de vuelta a Velicatá al enfermar nada más ponerse en marcha. No había podido traer al ganado vacuno, demasiado débil para afrontar el viaje, por lo que lo dejó en Velicatá, pero había traído casi ciento noventa caballos y mulas ¹².

El capitán Rivera, gobernador de la Baja California desde hacía diecinueve años (aunque su nombramiento oficial databa desde 1752), era buen conocedor de sus soldados de cuera, de los indios y de las condiciones de una frontera inhóspita en general. La documentación publicada y comentada por Burrus

demuestra que Rivera era un hombre honrado, religioso, e inusualmente generoso con sus soldados, a quienes procuraba ayudar en la medida de lo posible, por lo que era muy querido por ellos ¹³. Ahora bien, otros autores, aun reconociendo su capacidad y experiencia como militar, señalan que era también impetuoso, celoso de los privilegios de su cargo, y poco diplomático ¹⁴

Rivera había convivido muchos años con los misioneros jesuitas de la Baja California, y no sería extraño que le hubiera preocupado la reciente expulsión de esta Orden de Nueva España, medida supervisada por Gálvez y ejecutada en California por Portolá. No obstante, había colaborado eficazmente con el nuevo gobernador para evitar revueltas entre los neófitos bajocalifornianos, mereciendo elogios del propio Portolá y de Gálvez. Concretamente, Gálvez escribió que Rivera era "sujeto de mucho honor y actividad" ¹⁵

Durante el viaje a San Diego existen algunos indicios de que las relaciones iniciales de Rivera con el padre Crespí fueron algo tensas, pues Rivera esperaba impacientemente al misionero, poniéndose en marcha a los dos días de la llegada de Crespí a Velicatá, sin dejarle tiempo para escribir a sus superiores. Después, Crespí evidentemente discrepaba con el capitán respecto de la ruta a seguir, pues Rivera prefirió permanecer mientras pudo en las montañas, mientras que el franciscano opinaba que siguiendo la costa habrían tardado menos tiempo, con menos trabajo y más agua. Sin embargo, el propio Crespí pudo ver que los indios tendían a concentrarse en la costa por no hallar alimentos en las montañas, y que algunos indios se mostraron hostiles, por lo que parece evidente que Rivera eligió la ruta montañosa por razones de seguridad ¹⁶. Por otra parte, Crespí se quejó del hambre que padecieron todos los expedicionarios, culpando a Rivera de haber dejado en Velicatá una buena cantidad de víveres, y de haber llevado brandy y vino sólo en su propio baúl ¹⁷. No obstante, el capitán tuvo alguna atención especial con el fraile, pues el propio Crespí anotó en su diario que en la noche lluviosa del 27 de marzo, le invitó a dormir dentro de su tienda para que no se mojara ¹⁸.

En fin, según Serra, "el padre Crespí y su expedición se tragarón buenas hambres, y llegaron traspillados a este puerto, y se les murieron por el camino 5 indios de pura miseria" ¹⁹. No obstante, Rivera comprendió que el real no podía permanecer en la playa (donde lo tuvieron que dejar Fages y Costansó para poder vigilar el campamento y los barcos con mayor seguridad y economía), y sus fatigados hombres comenzaron los trabajos de mudanza a un lugar más apropiado.

En contraste con los hombres que habían venido por tierra, los que habían viajado en los dos paquebotes estaban en muy malas condiciones. El *San Carlos* bajo el mando de Vicente Vila había zarpado el 10 de enero de La Paz, llegando el 1 de mayo a San Diego. En este barco viajaron el pilotín Jorge Estorace, el ingeniero Miguel Costansó, el médico Pedro Prat, el padre Parrón, el teniente

Pedro Fages al frente de sus veinticinco voluntarios de Cataluña, y treinta y un hombres más entre marineros, pajes, herreros, y cocineros. El *San Antonio* zarpó de San Bernabé el 15 de febrero al mando del capitán Juan Pérez, marino experimentado en la navegación del océano Pacífico, por cuanto estuvo destinado en Filipinas desde 1757, y de quien comentó el comisario de San Blas "parece inteligente y de buen genio"²⁰. En este viaje iba acompañado por los padres Vizcaíno y Gómez, y con un total de veintinueve tripulantes, entrando en San Diego el 11 de abril.

Portolá comprobó que casi todos estos hombres estaban enfermos de diversa gravedad, habiéndose producido ya muchas muertes²¹, con lo cual la expedición marítima estaba "poco menos que inutilizada"²².

La moral entre los hombres, sin duda muy baja a causa de sus dolencias, no había encontrado apoyo en Fages, pues según el cabo Periquez o Pericas, el teniente confiscó para su propio consumo cierta cantidad de chocolate, brandy y vinagre que Prat había prescrito para los enfermos y que Vila había entregado con generosidad, repartiendo entre los hombres sólo una pequeña porción²³.

Así pues, Portolá se encontró no sólo con que los trabajos de asentamiento apenas se habían iniciado, sino con que el número de hombres útiles se había reducido drásticamente. Además, no quedaba carne en San Diego de modo que sólo se contaba con la que traía Portolá²⁴. Estas circunstancias dificultaban sobremanera alcanzar el segundo objetivo de las instrucciones de Gálvez, es decir, la localización y ocupación de Monterrey.

Antes de la llegada de Portolá, al parecer Rivera quiso embarcar con sus hombres en el *San Carlos* para navegar hasta Monterrey con el capitán Vila pero, según Vila, Fages no quiso quedarse en San Diego con sólo seis hombres útiles y seguramente tampoco quería verse privado de participar en la ocupación de Monterrey²⁵. Entonces se había pensado en la posibilidad de enviar a Pérez en el *San Antonio* de vuelta a San Blas, para avisar de lo ocurrido y traer nuevas tripulaciones para ambos barcos además de un refuerzo de víveres, en previsión de lo cual los hombres de Rivera habían descargado el paquebote de Pérez²⁶. Portolá aprobó esta idea, y zarpó Pérez el 9 de julio con sólo ocho hombres. Interesa comentar aquí que si se trataba de acatar el mando global de Portolá sobre toda la expedición, verdaderamente no se perdió mucho tiempo entre su llegada el día 29 de junio y la partida de Pérez el día 9. En cambio, si el comandante de la expedición marítima era Vila, según indicaban las órdenes de Gálvez, entonces cabría preguntarse por qué tardó casi diez semanas en reconocer que la expedición marítima había perdido toda su operatividad y que era necesario traer nuevas tripulaciones, tanto para cumplir su primitivo objetivo de apoyar la ocupación de los dos puertos, como para velar por la seguridad de ambos paquebotes.

Mientras tanto, Portolá quiso intentar seguir el plan original de Gálvez, ofreciendo a Vila dieciséis hombres, entre soldados, arrieros e indios, para tripular el *San Carlos* hasta Monterrey. Vila, deseoso de mostrar su buena voluntad, respondió que aunque sólo la mitad de los dieciséis hombres fuesen marineros emprendería el viaje. Sin embargo, ninguno de ellos tenía experiencia en la navegación de altura y Vila, sin duda recordando su largo y azaroso viaje hasta San Diego y pensando en los riesgos que podría presentar la desconocida ruta a Monterrey, consideró que zarpar en esas condiciones sería temerario e irresponsable, por lo que decidió quedar a la espera de la recuperación de un número suficiente de marineros enfermos, o el regreso de Pérez con una nueva tripulación, para poder navegar a Monterrey ²⁷.

Ahora bien, conviene señalar aquí que la versión dada por Fages y Costansó de estos intercambios resulta claramente partidista, por cuanto afirmaron que Vila no quiso atender la invitación de Portolá de bajar a tierra para verle, poniendo por excusa sus achaques y obligando al comandante a desplazarse él al barco sin embargo, era verdad que Vila estaba enfermo, según testimonio de Crespí ²⁸. Además, no hicieron mención de que de los 16 hombres ofrecidos por Portolá como tripulantes ninguno tenía experiencia marinera y contrastaron deliberadamente la aparente pasividad de Vila y su negativa a zarpar, con el talante de Portolá "bueno, fuerte y animoso, sin otros pensamientos y anhelo que el llegar a Monterrey, resolución que prueba el celo que le mueve y le anima" ²⁹.

Fages, a sus treinta y cinco años, era un hombre ambicioso, decidido a agradar a sus superiores, y por primera vez ocupaba una posición de responsabilidad que sin duda esperaba poder aprovechar en beneficio de su carrera ³⁰. No será ésta, pues, la primera ocasión en que Fages apoyará a Portolá, incluso quizás en contra de su propia evaluación de los problemas. Por su parte, Costansó, con veintiocho años y catalán como Fages, a veces mostrará tener criterio propio durante la expedición, pero siempre con la debida deferencia hacia Portolá, y en ocasiones se verá claramente arrastrado por la energía de Fages ³¹.

Parece evidente, pues, que apenas reunidas en San Diego las cuatro partes de la expedición, empezaron ya las disensiones que habrían de caracterizar las relaciones entre los protagonistas de esta ocupación española de la Alta California.

Ante la postura de Vila, Portolá decidió emprender el viaje por tierra, tal como estaba previsto, pero sin el apoyo seguro de un barco. Temía que, si no se ponía en marcha inmediatamente, el frío invernal y las previsibles lluvias y nevadas podrían hacer impracticable el camino a Monterrey, e incluso recelaba que los hombres sanos pudiesen caer enfermos. Tenía la esperanza de que se recuperasen suficientes hombres aceptables para Vila y que éste decidiese entonces venir a Monterrey en su ayuda, o que llegase el *San José*, tercer barco procedente de San Blas con un refuerzo de hombres y provisiones, en condicio-

nes y tiempo para poder seguir su navegación hacia el norte. En cualquier caso, planeó llevar "toda la cantidad de víveres que pueda" y aun añadió "cuento que sea aquella tierra...suficiente, con el mar y nuestras diligencias procuremos nuestro sustento" ³².

Este plan era aventurado, como bien veían Portolá, Fages y Costansó ³³, y se apartaba ampliamente de las instrucciones de Gálvez sobre la forma de alcanzar los objetivos propuestos pero sin duda Portolá anteponía el fin a los medios, juzgando, con mucha razón, que aunque no fuese posible respetar la minuciosa planificación del visitador, éste quedaría perfectamente satisfecho si se cumpliera su deseo de ocupar los dos puertos señalados. Ahora bien, era previsible que hacer el viaje por tierra sin ninguna garantía de contar con otro apoyo en el punto de destino, podría suponer un desgaste excesivo de tiempo, energía, salud, animales y víveres, en el caso de tener que retirarse. En contrapartida, Portolá pudo pensar que, descontando la posibilidad de graves hostilidades indígenas, lo peor que podía ocurrir era que el trabajo fuese muy cansado y las raciones algo cortas. Además, en estos momentos quizás no juzgó de inminente cuidado el problema de víveres.

Rivera, en cambio, pensaba que este plan era no sólo contrario a las órdenes de Gálvez sino francamente arriesgado. Preveía que, sin el apoyo seguro de un barco, la expedición terrestre corría el peligro de quedarse sin alimentos, exponiéndose los hombres a morir como tantos otros expedicionarios españoles en América, al empeñarse en alcanzar un puerto tan distante, mediando tierras y tribus desconocidas. Estos razonamientos y otros se los expuso a Portolá, tanto de oficio en San Diego como públicamente al poco tiempo de ponerse en marcha, para disuadirle de su plan, pero, según el propio Rivera, no le hizo el menor caso ³⁴. Es posible que entre sus otros argumentos Rivera hiciese ver que había muchos enfermos, la escolta sana que proyectaba dejar Portolá en San Diego era peligrosamente pequeña, las fortificaciones eran muy escasas, no era prudente fiarse de la amistad indígena, y todas las circunstancias parecían aconsejar la consolidación del asentamiento en San Diego, dedicándose los hombres útiles a construir, a explorar el terreno circundante, y a preparar los campos de cultivo, mientras se reponían los enfermos, recobraban fuerzas los animales, y Pérez tenía tiempo de volver desde San Blas, con vistas a emprender la ocupación de Monterrey en la primavera siguiente con mayores garantías de éxito. Rivera evidentemente se quedó muy disgustado al ver que Portolá desestimaba estos consejos dictados por largos años de experiencia en tierras fronterizas.

Según una carta escrita por Serra el 3 de julio, el comandante pensaba partir dentro de tres o cuatro días, es decir el 6 o el 7 de julio, y el propio Portolá comunicó sus planes al virrey el 4 de julio ³⁵, pero de hecho no se puso en cami-

no hasta el día 14, es decir diecisiete días después de tener conocimiento de la situación en San Diego.

Con Portolá marcharon Rivera y Ortega con sus veinticinco soldados de cuera, Fages con seis voluntarios catalanes, Costansó, los padres Crespí y Gómez, siete arrieros, quince indios, y al menos dos sirvientes. En San Diego permanecieron Serra, Vizcaíno y Parrón, Prat, siete soldados útiles bajo el cabo Carrillo, Vila, el piloto Cañizares, un nutrido grupo de soldados, marineros y artesanos enfermos y moribundos, y algunos indios. Los catorce voluntarios enfermos se quedaron, al parecer, muy mal provistos de víveres, pues más tarde se quejaría el cabo Periquez de que Fages no les dejó nada, a pesar de haber sacado del *San Carlos* un baúl que contenía provisiones para sus hombres, mientras que Portolá al menos les dejó un poco de maíz y chocolate ³⁶.

Durante la mayor parte del viaje la columna avanzó según un orden establecido: delante solía ir Ortega con un acompañante, explorando para dar con la mejor ruta, y buscando agua, pastos, rancherías indígenas y lugares para acampar después iban Portolá, Fages y Costansó, con los voluntarios y gastadores indios, a la cabeza de la columna seguía la recua de mulas con las cien cargas de provisiones, dividida en cuatro secciones, cada una con sus arrieros y escolta y por último marchaba Rivera con algunos soldados e indios, al cuidado de los caballos y mulas de repuesto ³⁷.

Para localizar Monterrey, la expedición contaba con la información contenida en la obra del almirante José González Cabrera Bueno, *Navegación especulativa y práctica* (Manila, 1734), referente a la descripción y posición de los cabos, puertos, ensenadas, e islas de la costa noroccidental americana hasta el cabo Mendocino la relación de los viajes altocalifornianos de Sebastián Vizcaíno en 1602-1603, escrita por Torquemada e incluida en la obra de Miguel Venegas y Andrés Burriel, *Noticia de la California* (Madrid, 1757) y además con diferentes instrumentos para calcular latitudes ³⁸. Por lo tanto, Portolá no tenía ningún motivo para pensar que podrían surgir dificultades en el descubrimiento del puerto, y cuando bajaron de la sierra de Santa Lucía, el 30 de septiembre, creía firmemente poder identificar esta sierra y confiaba en hallar el puerto de Monterrey a su pie.

EN LA PUNTA DE PINOS

Según la información disponible, el famoso puerto estaba en 37 grados detrás tenía la sierra de Santa Lucía marcaba su posición la Punta de Pinos tendida de noreste a suroeste el puerto tenía un buen fondeadero, al abrigo de todos los vientos excepto del nor-noroeste próximo a la playa se podía encontrar abundante agua muy fresca y buena hacia el sur-suroeste había otro buen puerto, al abrigo de todos los vientos y con un río de buena agua y moderada profundidad,

llamado río del Carmelo, cuyos márgenes estaban poblados de grandes y hermosos árboles ³⁹.

Sin embargo, tras bajar a la playa y establecer el real, Costansó calculó la latitud en 36 grados 44 minutos, mientras que Crespí la calculó en 36 grados 53 minutos. Una primera exploración, en la que participaron Portolá, Costansó y Crespí, reveló la existencia de una inmensa ensenada con una Punta de Pinos hacia el sur. Entonces salió Rivera para reconocer la costa hacia el sur, con idea de alcanzar el extremo de la Punta de Pinos e inspeccionar ambos flancos en busca del puerto. Halló dos pequeñas ensenadas con sus arroyos, lagunas de agua muy salada, y altísimas dunas de arena. La punta estaba poblada de pinos, pero los árboles no servían para fabricar mástiles, no vio los álamos que decía Cabrera, y no halló ningún puerto apropiado para los galeones de Manila ⁴⁰.

Ante este desconcertante contratiempo, el 3 de octubre Portolá convocó una Junta de oficiales para el día siguiente. Fue la primera de una serie de Juntas celebradas en el espacio de cinco meses. Sus minutas, valiosísimas por cuanto ofrecen una visión inédita y sorprendente de la ocupación de San Diego y Monterrey, al parecer no se conservan ni en los archivos españoles ni en los mexicanos, pero unas copias fueron publicadas en 1973 por Fernando Boneu, quien dice que fueron donadas a la Biblioteca Bancroft en 1957, y cree que estos documentos posiblemente procedan del archivo personal de Portolá y que fueron separados deliberadamente del informe final de Portolá sobre la expedición ⁴¹.

Las minutas de la primera Junta y los diarios de Costansó y Crespí coinciden en la fecha de 4 de octubre, por lo que podemos atribuir a error de transcripción o imprenta la de 7 de octubre que aparece en el diario de Portolá ⁴².

Datos a tener en cuenta eran la cercanía del invierno, el elevado número de hombres enfermos, y las limitadas reservas alimenticias. Respecto de la descripción del puerto de Monterrey, según la convocatoria de Portolá, las señas que daba Cabrera parecían infalibles, pero Rivera había informado que "lo que debía ser puerto" era "una pequeña ensenada", y donde esperaba hallar lagunas grandes encontró sólo lagunillas. Rivera en su dictámen anotó el descubrimiento de varias señas como la sierra que podría ser la de Santa Lucía, la punta que podría ser la de Pinos, y el arroyo, pero afirmó que después de la punta "no hace la mar otra cosa que ensenada bastante descubierta". Por lo tanto, no consta que Rivera asegurara que esto no era Monterrey, y sí sólo que la realidad no coincidía plenamente con las expectativas. Por su parte, Costansó no comentó esta discrepancia en su "Parecer", pero en su *Diario histórico* (1770) afirmó que las señas dadas por Cabrera eran "escasas y equívocas", añadiendo que no se había visto un puerto sino una espaciosa bahía ⁴³. Por último, Fages aseguró en 1775 que no correspondían "las señas de la marina y costa en este lugar" ⁴⁴.

Respecto de la discrepancia de latitud, tanto Portolá en su convocatoria como Costansó en su *Parecer* recordaron que, según Cabrera, Monterrey estaba en los 37 grados, y añadió el ingeniero "y tal vez puede pasar de ellos" ⁴⁵. Como aún no habían alcanzado los 37 grados, Costansó aconsejaba seguir explorando hasta los 37 grados 30 minutos, añadiendo incluso que si no se hallase el puerto en ese trecho "moralmente se podrá afirmar que no existe en el día". Fages se atuvo sin reservas a los resultados de las exploraciones de Rivera, y apoyó la propuesta, votando todos a favor de este plan. Costansó en su *Diario del viaje* (1770) señaló este voto unánime ⁴⁶, pero ni aquí ni en las minutas se mencionó que habían tenido amplias oportunidades para comprobar que las latitudes dadas por Cabrera para esta costa eran invariablemente altas. Es más, Fages escribió en 1775 que entendieron estar equivocados respecto de las señas del puerto, "no siendo de presumir que un buen práctico cometiese el intolerable error de un buen cuarto de grado en la determinación de dicha latitud" ⁴⁷. Es decir, que confiaba más en la latitud dada por Cabrera que en los demás datos de identificación del puerto.

En este punto, no estará de más intentar intuir el estado de ánimo de Rivera. Aparte del posible disgusto de verse repentinamente subordinado al nuevo gobernador, máxime bajo la circunstancia de tener que proceder a la expulsión de los jesuitas, quizás se agolpaban en su mente otros motivos de descontento: era criollo y tal vez percibió o imaginó algún tipo de menosprecio hacia su persona por parte de los peninsulares de la expedición. Quizás, desde su actitud comprensiva de las virtudes y defectos de los soldados de cuera le enojaba ver cómo siempre les tocaban todas las tareas más arduas, al tiempo que se les deparaba un trato discriminatorio respecto de los voluntarios. El propio Portolá en febrero de 1770 dijo que no enviaría a los voluntarios solos a Velicatá, sin al menos tres soldados de cuera "para el servicio de la caballada y cargas" ⁴⁸.

A este respecto, el autoritario Fages sin duda había manifestado ya su desprecio hacia los soldados de cuera, por su baja extracción social colonial y su aparente falta de disciplina, al tiempo que desestimaba las dotes de mando de Rivera ⁴⁹. Posiblemente el teniente pensaba que debía rivalizar con el capitán de milicias para congraciarse con Portolá y lograr destacar su propio papel en la expedición y posiblemente le preocupaba la sospecha íntima de que los voluntarios eran menos operativos que los soldados de cuera en la frontera norteamericana. Eso al menos pensaba el Padre Guardián del Colegio de San Fernando, Rafael Verger, quien, comentando los pobres recursos militares de Monterrey, dijo "solos los de cuera pueden salir al campo, porque si salen los fusileros, a la primera lluvia de flechas quedarán todos en el tiro" ⁵⁰.

Por otro lado, Rivera había hecho gran parte del trabajo más ingrato hasta ahora recogiendo víveres, animales y equipamiento diverso de las pobrísimas

misiones ⁵¹; abriendo el camino a San Diego y en esta última marcha, ocupando la poco lucida posición de retaguardia con todos los problemas de seguridad, control diurno y nocturno de los asustadizos animales, y dirección de los agotadores trabajos de carga y descarga de las mulas. Ahora se le mandaba ir a localizar un puerto, descubierto hacía más de ciento sesenta años, cuya fama había servido para perpetuar el renombre de Vizcaíno y ahora serviría para promocionar las carreras de Gálvez y Portolá. Antes había ofrecido al gobernador sus consejos, basados en largos años de experiencia fronteriza, y no se le había prestado atención. Ahora se le convocaba a una Junta de oficiales y debía dar su opinión por escrito. Evidentemente, cuando se presentaban dificultades, Portolá pretendía cubrirse contra posibles acusaciones posteriores de irresponsabilidad en el mando, apoyándose en los demás oficiales. No es de extrañar, pues, que Rivera se limitara a informar exactamente de lo que había descubierto, sin afirmar ni desmentir que esto fuese Monterrey, dejando la responsabilidad de la decisión recaer en el jefe de la expedición.

Aun así, el *Parecer* de Rivera fue el más completo y razonado, sugiriendo que se diesen de cuatro a ocho días de descanso para que se recuperasen los enfermos y los animales que, en vista de la duda sobre la identificación de Monterrey, se siguiese la marcha hacia el norte que saliese un grupo de hombres lo bastante grande como para poder defenderse contra cualquier hostilidad india, para realizar una exploración larga y que en caso de decidirse a permanecer en alguna parte, la actual Punta de Pinos era el mejor sitio porque "infiere que los pilotos de los barcos, por estas señas y por la altura de estos parajes, padezcan algún género de equívoco [y] se arrimen bastante buscando el puerto a dicha Punta de Pinos, de donde se pudieran ver" ⁵².

En definitiva, pues, se acordó que saldría la expedición después de seis días de descanso para seguir buscando el puerto, con la intención de establecerse en él. Portolá desestimó la sugerencia de Rivera de hacer exploraciones largas, argumentando que se gastaba mucho tiempo en las idas y venidas.

SAN FRANCISCO

La marcha resultó ser penosa por el aumento del número y de la gravedad de los enfermos, por las frecuentes lluvias y por la escasez de las raciones, pero el día 31 de octubre vieron una bahía grande con siete farallones blancos y la Punta de los Reyes, cuyas señas les indicaron claramente que se hallaban ante el puerto de San Francisco.

Crespí apuntó ese mismo día que hubo dudas y discusiones, al no querer algunos creer que hubiesen pasado Monterrey y que estuviesen entonces ante San Francisco ⁵³, y en su *Diario del viaje* Costansó escribió el 1 de noviembre:

"No acababan algunos de persuadirse que pudiésemos haber dejado atrás el puerto de Monterrey, ni querían creer que estuviésemos en el puerto de San Francisco" ⁵⁴. Sin duda, semejante noticia tuvo que desalentar a los fatigados hombres, pues Crespí aseguró que todos se sintieron desilusionados y confundidos ⁵⁵, y especialmente afectado estaría Rivera, quien venía dirigiendo las infructuosas exploraciones. Para salir de dudas, durante los próximos once días se exploró el terreno, comprobando que no había ningún barco esperando en un puerto cercano (como creían haber entendido a unos indios), que no se podía llegar a la Punta de los Reyes siguiendo la costa porque se lo impedían grandes esteros, que hacia el interior se extendía un inmenso estero que' requeriría muchos días para rodear (la actual Bahía de San Francisco), y que en todo caso allí no estaba Monterrey.

En su *Parecer* del día 11 Rivera mostró su desconcierto, aunque al final no dudó en recomendar la vuelta a la Punta de Pinos. El padre Crespí dice sobre San Francisco que "lo conocimos todos por tal con las señas que traen las historias" ⁵⁶, insistiendo que "en vista de lo que todos mirábamos, no tuvimos la menor duda que este paraje era el puerto de San Francisco" ⁵⁷. Así pues, la incredulidad que señalaron Crespí y Costansó no fue persistente ⁵⁸. Además, Crespí reveló su impresión de la importancia del hallazgo diciendo "no solamente podían estar todas las armadas de nuestro católico monarca sino todas las de la Europa" ⁵⁹.

En vista de los resultados de las últimas exploraciones Portolá convocó otra Junta para el día 11 de noviembre, recordando a los oficiales que ya no quedaban legumbres ni carne, e insinuando que sus vidas corrían peligro ⁶⁰. Costansó dijo que aún esperaba encontrar Monterrey, a pesar de la latitud alcanzada (cerca de 37 grados 30 minutos), hasta que vio las señales inequívocas del puerto de San Francisco, que le persuadieron que Monterrey tenía que estar más al sur. Esta vez no hizo caso de la latitud dada por Cabrera Bueno para San Francisco (38 grados 30 minutos) porque ahora razonaba que todas las latitudes dadas por él eran demasiado altas, argumento que sin duda ya sabía en Punta de Pinos y sin embargo no hizo constar por escrito entonces ⁶¹. Proponía, por tanto, retroceder y buscar Monterrey cerca de la sierra de Santa Lucía y, si no se hallase, establecerse en la Punta de Pinos, tal como propuso Rivera en la Junta anterior.

Por su parte, Rivera dejó entrever su preocupación, exponiendo "haberme tenido suspenso las graves circunstancias de haber buscado el Puerto atrás y no haberlo encontrado" y sopesando el problema de los víveres y la imposibilidad de ayudarles de los indios. Concluyó que había que volver y buscar el puerto " con más diligencia, como si fuera alfiler", y en el caso de no hallarse, establecerse el tiempo que juzgase prudente Portolá en Punta de Pinos, porque allí podría aparecer algún barco.

Fages concurrió en la convicción de que estaban en San Francisco y en la propuesta de retroceder y quedarse en Punta de Pinos el tiempo que dijese Portolá. Esa, pues, fue la decisión final, aunque Portolá apuntó que se quedarían en Punta de Pinos "hasta que, si llega barco, se determine lo que más convenga". Es decir que, aun en el caso de llegar un barco, no se comprometía a permanecer en aquel lugar.

PERSISTE LA DUDA

Durante la marcha hacia el sur los exploradores de Rivera se apartaron de la ruta interior seguida por la columna, para reconocer la costa, sin hallar nuevos indicios de Monterrey.⁶² El 26 de noviembre Portolá recorría de nuevo la costa al pie de la gran sierra, y dos días después acampó a orillas del río Carmelo. Durante los días siguientes Rivera dirigió nuevas exploraciones hacia el sur, confirmando la identificación de la sierra de Santa Lucía pero sin encontrar el puerto.

En su *Diario del viaje* Costansó escribió: "No sabemos qué pensar a vista de lo que nos pasaba. ¿Un puerto tan famoso como el de Monterrey, tan celebrado y ponderado a su tiempo por unos hombres de carácter, hábiles, inteligentes, y prácticos navegantes, que expresamente vinieron a reconocer estas costas ... cabe decir que no se ha encontrado después de las más exquisitas y vivas diligencias practicadas a costa de muchos sudores y fatigas?"⁶³ ¿Acaso Rivera, Ortega y sus soldados de cuera pensaban en los desmesurados sudores y fatigas suyos propios y de hombres como ellos, que nunca les eran reconocidos ni mucho menos recompensados? ¿Acaso se permitirían maldecir o cuando menos burlarse de las exageraciones de aquellos "hombres de carácter, hábiles, inteligentes" de quienes hablaba Costansó? Rivera no encontró un puerto digno de llamarse "famoso" aquí porque no lo había, y así informó, pero era responsabilidad de Portolá rendirse a la evidencia y reconocer como Monterrey una de las ensenadas que se habían descubierto, a pesar de sus defectos.

Sin embargo, Portolá se resistía. El 5 de diciembre convocó una nueva Junta que se celebró el día 7, aflorando en sus minutas ya con toda franqueza las tensiones que anteriormente sólo se dejaban intuir.⁶⁴

Rivera mostró con claridad su irritación. Comenzó su escrito diciendo que era la tercera vez que daba su parecer y creía que se le podía haber excusado esta vez, habida cuenta de que ya dijo en la Junta anterior que dejaba a la discreción de Portolá la duración de su estancia en Punta de Pinos. A continuación recordó todas las advertencias disuasorias que había dado a Portolá antes de salir de San Diego y durante las primeras jornadas de la marcha, sin que el comandante le hubiera hecho el menor caso.

Sobre el ansiado puerto, nadie admitió que alguna de las ensenadas halladas

fuese Monterrey. En su exposición de convocatoria y en su *Parecer*, Portolá afirmó sin más que Rivera no había encontrado el puerto, llamando poderosamente la atención que quisiese conformarse con eso, dando a entender que se había inhibido de participar personalmente en esta importantísima exploración. Crespí dio un informe detallado de las características de esta costa, y de todas sus discrepancias respecto de las señas dadas por Venegas y Cabrera (la latitud más meridional, la pobreza de arboleda útil para la construcción naval, la falta de protección de ciertos vientos, el agua mala, las altas dunas), concluyendo "según lo que *todos conceptuamos y vimos por nuestros ojos*, es que Monterrey no existe, a lo menos dentro de los 38 grados"⁶⁵. Costansó en su *Diario del viaje* aseguró categóricamente: "habiendo reconocido toda la costa paso a paso no nos queda el menor recelo de que pueda haber escapado a nuestra diligencia e indagación", pero sugirió tímidamente "¿será lícito pensar que se ha cegado o destruído con el tiempo?"⁶⁶.

Sobre esa posibilidad Crespí señaló que no había indicios de ello y prefirió no pronunciarse al respecto⁶⁷, aunque esa discreción bien pudo deberse a la influencia posterior de Palou o Francisco García Figueroa⁶⁸, pues Crespí en diferentes cartas concluyó que el puerto había desaparecido posiblemente por erosión, sugiriendo que debía de estar antaño en uno de los dos pequeños senos hallados⁶⁹. Por su parte, Portolá quiso dar algún crédito a la idea de la destrucción del puerto, pues la menciona en su *Parecer*, y en su diario apuntó el 10 de diciembre que pararon en la ensenada "donde se reconoce podía haber estado el puerto de Monterrey"⁷⁰. Boneu quiere presentar este dato como mérito de Portolá, sin considerar que, de confirmarse tal extremo, le serviría muy bien a Portolá como justificación de no haber identificado y ocupado Monterrey⁷¹.

No hay duda de que al comandante le convenía encubrir su indecisión en Punta de Pinos, haciendo creer que no había ocupado Monterrey porque había desaparecido, y está claro que alguien insistió mucho en ello a la vuelta a San Diego, pues Serra escribió "juzgan se habrá cegado tal puerto, por los grandes méganos que de arena hallaron en el sitio donde se había de encontrar, y yo ya casi lo he creído también"⁷². Sin embargo, a Serra le persistía la duda y, según Palou (escribiendo después de ocupado Monterrey), le volvió a escribir sobre "la opinión común de que se ha cegado el puerto" pero asegurando que tanto él como Vila sospechaban entonces que los expedicionarios simplemente no lo habían reconocido⁷³.

Ahora bien, Rivera reveló claramente su pensamiento sobre los resultados de la expedición. No se cansó más cavilando sobre Monterrey, dando por supuesto que donde tenía que estar no había ningún puerto que satisficiera las expectativas y necesidades españolas y en cambio, expuso con firmeza que se había descubierto cerca de San Francisco otro lugar verdaderamente merecedor de ser

ocupado, con puerto, tierra buena, agua abundante, leña, madera y otras bondades, por lo que él propuso que, en caso de recibir auxilio, "podríamos establecernos en aquel puerto y dar cuenta de todo lo que se ha visto, pues los muchos indios, tierra y agua son en mi estimación dignas de consideración y de la dominación de nuestro amo". Evidentemente Rivera quería minimizar el fracaso y destacar el importante logro positivo.

¿QUEDARSE O MARCHARSE?

Respecto de la posibilidad de permanecer en Punta de Pinos, cabía pensar en los víveres que habían traído, en la carne de las mulas, en el auxilio por mar, y en los recursos de la propia tierra. Ahora se revela que el primer punto venía siendo una fuente de descontento desde el comienzo de la expedición. Crespí dice que los soldados ya no tenían menestra (mezcla de legumbres) desde finales de octubre, subsistiendo a base de tortillas ⁷⁴. Portolá se limitó a informar en su convocatoria que quedaban sólo dieciséis costales de harina, hecho confirmado por Fages y Costansó en sus *Pareceres* y por este último en su *Diario del viaje* ⁷⁵.

Ahora bien, Costansó reveló que existían otros víveres y pidió "es de sentir se manifiesten todos estos víveres sin excepción", añadiendo que los oficiales "se hallan en el caso de dar los primeros el ejemplo", y sugiriendo que podrían esperar más tiempo en Punta de Pinos si esos víveres se racionasen "por manos legales". Fages quien curiosa, y quizás significativamente no firmó su Parecer hasta el día 8 abundó en lo mismo, proponiendo la reunión y reparto de los dieciséis costales de harina y "los demás víveres que tienen algunos individuos, sin exceptuar a nadie". Boneu, en su afán de dejar siempre bien a Portolá, concluye de estas denuncias que los posibles culpables de retener alimentos eran Portolá, Rivera, Crespí y Gómez, sin hacer más distinciones ⁷⁶; pero el *Parecer* de Rivera no deja lugar a dudas en su acusación del comandante, recordando que cuando Rivera le advirtió sobre el peligro de quedarse sin víveres, "me respondió en San Diego que comería hasta que lo hubiera para los soldados, y que no habiéndolo para estos tampoco Su Merced comería". Hacía ya varios días que se padecía hambre y, ante esa amenaza, Rivera advirtió que los soldados podrían desertar, hurtar, desobedecer órdenes y cometer otros atrevimientos, especialmente (se sobreentiende) si percibían egoismos e injusticias en el comportamiento de su jefe. Crespí también sugirió que Portolá retenía alimentos para su propio consumo, al comentar "con 5 terneros que había, la vigilia de Santo Tomás se repartió a todos, y a nosotros [Crespí y Gómez] un poco de bizcocho que nos repartió el señor gobernador, que decía que era suyo" ⁷⁷.

Por otra parte, las quejas formuladas posteriormente por el cabo Periquez

contra Fages afirman que el teniente se apropió de alimentos reservados a los enfermos y de un baúl de provisiones destinadas a la tropa, deduciéndose que se los llevó en la marcha a Monterrey para su propio uso. El cabo puntualizó que durante todo este viaje no repartió entre sus hombres ni una sola tableta de chocolate a no ser como pago por haberle lavado o remendado la ropa ⁷⁸.

Respecto de la carne de las mulas, nadie la mencionó en este momento, aunque todos estaban conscientes de ese último recurso de supervivencia. Sin duda se pensaba que su principal utilidad era como animales de carga y silla, por lo que habría que contar con ellos para al menos parte del camino de vuelta a San Diego.

Respecto del posible auxilio por mar, Rivera, Costansó, y Fages seguían opinando que cualquier barco que viniera en su busca se acercaría a la Punta de Pinos, convencido de que allí tenía que estar Monterrey, por lo que había posibilidades de recibir socorro por mar si decidían establecerse en ese lugar. Sobre este punto conviene recordar que había varias posibilidades: sabían que Gálvez proyectaba enviarles el *San José* tres meses después de la salida del *San Antonio*, pero no sabían si había zarpado, pues en mayo de 1769 había llevado al visitador desde Loreto a la contracosta y es probable que ésa fuese la última información de Portolá sobre los movimientos de ese barco podía regresar Pérez en el *San Antonio*, habida cuenta que ya hacía cuatro meses que había salido de San Diego, y en ese caso podría venir él mismo en su ayuda o podría traer suficientes tripulantes a Vila para que éste cumpliera sus instrucciones de continuar a Monterrey o podría acudir Vila por su propia iniciativa si se recuperasen de sus enfermedades suficientes hombres para tripular el *San Carlos*.

Respecto de los recursos de la tierra, en la marcha desde San Francisco se habían visto y matado gran número de ánsares según revela el *Diario del viaje* de Costansó, pero no vieron más patos a partir del 27 de noviembre, y las inmediaciones de Punta de Pinos no ofrecían ni caza ni pesca, si bien a sólo un día de marcha de allí volvieron a cazar muchos patos ⁷⁹. Sin embargo, Portolá no hizo mención de su primitiva idea de vivir de la tierra, y Costansó tampoco consideró esa posibilidad, pero Fages ideó un plan para prolongar la estancia en Punta de Pinos y mejorar los recursos alimenticios en caso de tener que retirarse, proponiendo que fuese un grupo de hombres a la Cañada de los Osos para cazar osos y hacer tasajo con su carne para todos. Por su parte, Rivera, ya muy descontento con la situación y consciente de la bajísima moral de sus hombres, propuso que, en caso de quedarse la expedición en Punta de Pinos (decisión que dejaba a Portolá), fuese él con sus soldados de cuera a la Baja California para informar y traer nuevas órdenes.

En definitiva, en la votación final, Rivera y Fages mantuvieron sus posturas, sin dejarse convencer por los argumentos de los otros, y sólo Costansó dio un margen de confianza a Portolá. Crespi y Gómez apoyaron la propuesta de divi-

dir la expedición, ofreciéndose ellos a quedarse en la Punta de Pinos ⁸⁰. El gobernador desestimó las sugerencias de Rivera y Fages, y, según dio fe el ingeniero en su *Diario del viaje*, "resolvió por sí la retirada", en atención no sólo a los escasos víveres sino al frío y al comienzo de las nieves en la sierra, que temía impedirían la retirada más adelante ⁸¹. Así pues, se erigieron cruces en la playa del actual Monterrey y en la bahía del Carmelo, con indicación de haber dejado mensajes por si llegase un barco, y se inició la retirada el 10 de diciembre.

Portolá evidentemente no hizo caso tampoco de las diversas advertencias referentes a la comida, hasta que, hambrientos y seguramente indignados por las discriminaciones, algunos soldados se atrevieron a robar harina. Entonces, el día 20, mandó repartir la poca harina que quedaba, responsabilizando a cada uno de sus propias raciones, y dando a cada oficial y misionero un jamón y un poco de bizcocho y chocolate ⁸². Portolá fue el propietario de las dos cajas de bizcocho y el tasajo que se repartieron entre los oficiales y frailes ⁸³. Hubo que suplementar estas raciones con las semillas, atole, pinole y pescado regalados por los indios, cazando ánsares y una osa con su cachorro y, al fin, matando doce mulas. Crespí, al poco tiempo de su regreso a San Diego, expresó a Palou y Gálvez su agradecimiento hacia Costansó y Fages, quienes compartieron con los dos frailes lo que pudieron pescar y cazar ⁸⁴. En la carta a Palou, omitió el nombre de Rivera, indicando quizás que no habían mejorado las relaciones de Crespí con el capitán desde el comienzo de la expedición si bien, y seguramente por razones de diplomacia, a Gálvez añadió una coetilla, dando fe, con evidente falta de entusiasmo, del buen comportamiento de Rivera. Portolá no había consignado en su escuetísimo diario ninguna de las tensiones referidas, pero dejó traslucir el peligro que habían corrido al apuntar que no había perdido ningún hombre, pese a los trabajos y necesidades padecidos, pero que se habían visto precisados a comer carne de mulas ⁸⁵.

DE VUELTA EN SAN DIEGO

Poco consuelo encontraron en San Diego. Algunos de los enfermos habían sanado pero otros aún arrastraban sus dolencias y bastantes habían muerto no había aparecido ni el *San José* ni el *San Antonio* y se había cumplido uno de los fundados temores de Rivera, pues según Serra "aquí tres ocasiones me he considerado y hallado en peligro de muerte de mano de estos pobres gentiles" ⁸⁶ siendo así que el día 15 de agosto, los indios mataron a un sirviente de Serra e hirieron al padre Vizcaíno y a otros tres, sin que hubiera que lamentar una desgracia mayor porque, amén de la tenaz defensa que hicieron los españoles, el principal interés de los atacantes no parece haber sido matar sino robar.

Ante este panorama Portolá mandó hacer una relación de víveres, fechada el

28 de enero, calculándose que estas provisiones durarían doce semanas y media, pero que habría que descontar los seis costales de harina que pensaba dar a Rivera para volver a la Baja California ⁸⁷. El 31 de enero, pues, Portolá convocó una Junta de oficiales para el día siguiente, rogando también la asistencia de Serra. Le preocupaban la escasez y mala calidad de los víveres, y la posible pérdida del *San Carlos*, y el objetivo de la Junta era decidir cómo mantenerse en San Diego ⁸⁸. Boneu asegura que "el día 31 se reúnen en el Real de San Diego", añadiendo "no pudo Portolá poner más prisa en tomar las decisiones" ⁸⁹, pero toda la evidencia interna de los documentos que publica indica que esta Junta no se celebró ni el día 31, ni el 1 de febrero (fecha indicada en la convocatoria), sino el día 6 de febrero. Los *Pareceres* de Fages y Costansó no llevan fecha, pero el de Rivera está fechado el 6 de febrero, sin que quepa sospechar error porque comienza diciendo que hacía catorce días que regresaron a San Diego. Por su parte, Portolá dice en su *Parecer* que quedan víveres para once semanas y media, por lo que ha debido pasar por lo menos una semana desde el 28 de enero, fecha de la Relación de víveres. Por último, tanto Fages como Costansó en sus *Pareceres* de 20 de febrero dicen que la última Junta se celebró el 6 de febrero ⁹⁰. No tanta prisa se dio, pues, el capitán Portolá en tomar medidas, sobre todo teniendo en cuenta que aún pasaron otros seis días antes de ejecutarse la decisión de la Junta.

Costansó opinaba que no debían perder la esperanza de recibir auxilio de algún barco, pero que convenía que saliese cuanto antes una expedición terrestre con el fin de informar de lo ocurrido, de traer provisiones y, entretanto, de reducir el número de bocas a alimentar en San Diego y así prolongar el tiempo que podían permanecer en el nuevo asentamiento, que había que mantener "a todo trance". Fages concordó con este dictamen, recomendando que los que fuesen a traer refuerzos se moviesen con la mayor rapidez y que los que se quedasen fuesen los más fuertes.

Una vez más Rivera apenas pudo contener su disgusto. El había propuesto buscar ayuda en Baja California a principios de diciembre y, si bien resulta comprensible la decisión de Portolá de no dividir sus fuerzas hasta ver qué había pasado en San Diego, no es fácil justificar su pérdida de tiempo precioso después de cerciorarse de la situación. Por eso Rivera empezó su *Parecer* exponiendo que llevaban catorce días en San Diego y no se había ejecutado ninguna de las providencias pensadas, insinuando que un buen comandante habría dispuesto durante la marcha su plan de contingencias. El tiempo era, sin duda, la clave del éxito parcial o el fracaso total de la expedición, porque se trataba de resistir en San Diego el tiempo necesario para que llegase socorro, ya fuese por mar ya fuese por tierra. Por eso había que actuar con la máxima rapidez, y sin embargo Portolá se mostraba indeciso. Boneu habla de la "altanería de Rivera y

su resentimiento contra Portolá, quien haciendo caso omiso del capitán tomará las decisiones que crea más convenientes" ⁹¹, pero está claro que pretende defender a Portolá a todo trance.

Ahora bien, Rivera no se alargó en estas consideraciones, sino que, atento a las necesidades del momento, repitió su anterior recomendación, de la cual se habían hecho eco Costansó y Fages, de que saliese la expedición terrestre para informar y traer el ganado dejado en Velicatá, puntualizando que debía partir dentro de tres días. A continuación, lo escrito por Rivera parece indicar que habían surgido rencillas a raíz de su propuesta de conducir sus hombres a Baja California, y se deduce de éste y de otros documentos que había discutido violentamente con Fages acerca de quién debía marcharse y quién quedarse, vislumbrándose que Fages acusó a Rivera y sus hombres de querer huir de los trabajos y sacrificios que habría que soportar en San Diego. Ante semejante insulto, Rivera se ofreció a todo, diciendo que se iría o se quedaría, según mandase Portolá, y que si se quedaba, no se movería del puerto sin nuevas órdenes, consumiendo él y sus soldados hasta el último grano y polvo de harina, y después las mulas, hasta que quedase sólo la carne necesaria para volver en el paquebote. Incluso se permitió decir que "hallándose con nuevas causas en lo descubierto y visto", las autoridades superiores podrían cambiar las órdenes primitivas una clara referencia al valor que concedía al descubrimiento de San Francisco, hazaña indiscutiblemente atribuible a los soldados de cuera. Crespí coincidía plenamente con Rivera en esta valoración, pues en estos mismos días escribía que, en la convicción de que no se iba a hallar Monterrey, San Francisco podría sustituirlo con ventaja como segunda base de la ocupación española de la Alta California ⁹².

En su voto final, el colérico Fages no se pudo contener y añadió que si los que se quedasen en San Diego habrían de aguantar hasta los extremos que decía Rivera, él también se ofrecía voluntario con sus hombres. Su rivalidad con el capitán novohispano es patente, pero su temperamento arrogante y vanidoso también le llevaría a chocar muy pronto con los misioneros, pues según Serra, "siempre ha mostrado el caballero gustar poco de poner las cosas en peligro de que se tenga en más el carácter de los padres" ⁹³. Finalmente, después de muchos conflictos que no viene al caso relatar ahora, en 1773 Serra expuso lisa y llanamente al virrey lo siguiente: "Me parece importantísima providencia el que se remueva y retire el oficial Don Pedro Fages del comando del presidio de Monterrey, y se ponga otro en su lugar porque de lo contrario ni cesarán las desertiones de los soldados y demás gente, que hasta aquí tanto han dado y están dando en qué entender, ni dejarán los que (a más de no poder) permanezcan de estar, como están desde el primero al último, violentísimos, no tanto por el excesivo trabajo y falta de comida (según les he oído decir muchas veces a

varios) cuanto por el malísimo trato y modales de dicho oficial. Sobre lo que ya sabía por larga experiencia, acabo de recibir con las últimas cartas tantos de lo que por una parte representan los soldados voluntarios de aquel presidio a su capitán Don Agustín Callis...y los de cuera al suyo Don Fernando Rivera, ... suplicando ambos cuerpos a sus respectivos oficiales el que los saquen como pudieran de tal sujeción y opresión" ⁹⁴.

Carrillo, en su escrito, dio muchos ejemplos de la sinrazón y la cólera de Fages durante la fundación de Monterrey, asegurando que "el ultrajar este señor a los hombres es cosa que a cada paso lo hace, aunque no haya motivo" ⁹⁵, afirmando que tras insultar y amenazar a un soldado, ese soldado logró detener a Fages diciendo: "Señor, usted no tiene razón para castigarme lo que hace ahora conmigo es porque lo desea hacer con los soldados de cuera porque no nos puede ver se acordará usted que me dijo que usted se quedaría mandando esto y se la pagaríamos" ⁹⁶. Es decir, que Fages ya había dado muestras de antipatía hacia los soldados de cuera antes de la partida de Portolá. Un caso de discriminación, según esta misma fuente, fue que Fages "después de llegado el barco, abrió un cajón de chocolate ordinario y dio a toda la gente en común, a cuatro libras pero después, de noche a escondidas, dio a los Voluntarios chocolate fino, y que no lo supieran los de cuera" ⁹⁷.

Sin embargo, no hay que deducir de esta anécdota que los voluntarios recibían mucho mejor trato que los soldados de cuera, pues se puede apreciar en las quejas formuladas por Períquez que Fages se comportaba a menudo con un autoritarismo destemplado y arbitrario, obligando a sus hombres a trabajar sin cesar, haciendo caso omiso de sus dolencias físicas, castigándoles sin razón, dando raciones insuficientes, y manifestando un egoísmo muy desafortunado al reservar para sí alimentos especialmente apetecibles ⁹⁸.

No obstante, Fages debió de quedarse bastante preocupado por las posibles consecuencias de sus conflictos con Rivera, pues juzgó necesario escribir, junto con Costansó, una enigmática carta a Gálvez, revelando que durante el viaje a Monterrey "se han ofrecido ciertas contestaciones y disputas de que ha dimanado agriarse el genio y humor de algunos de los altercantes, hasta prorrumpir tal vez en palabras poco oficiosas, con declarada intención de usar de ellas, quizá de ponerlas sobre el papel en perjuicio de tercero". Por ello rogaban que Gálvez les diese oportunidad de "producir nuestros descargos si se formasen algunas quejas o acusación contra nosotros", asegurando que "ninguna de dichas disputas ha tenido por objeto el servicio del rey" ⁹⁹. No haría falta una petición tan extraordinaria, pues normalmente cualquier queja o acusación daría lugar a que se explicara el interesado, a no ser que el peso de la evidencia presentada (tal vez los testimonios de numerosos testigos) fuese especialmente abrumador. La carta rezuma temor e incertidumbre, sin duda por lo que pueda tocar a la propia

carrera profesional, y también por lo que pueda afectar a un "tercero". Al único tercero por quien Fages se expondría de esta manera para proteger sería a Portolá, y quizás esta vaga alusión indica que lo que tenía que decir Rivera podría dañar a Portolá.

En fin, Portolá decidió que permaneciesen en San Diego con él, Fages, los doce voluntarios, y quince soldados de cuera con su sargento, que a su juicio era "la gente únicamente precisa", debiendo salir Rivera con el resto de los hombres dentro de cuatro días.

Además, Fages opinó que debían quedarse aquellos soldados y arrieros que supiesen algo de navegación "para socorrer al paquebote de S.M. *San Carlos* en caso de urgencia", y Portolá decidió que Fages y los Voluntarios se quedasen "para por si acaso se resuelve el comandante de marina salir del puerto, le puedan servir para tripulación", quedando los soldados de cuera al cuidado de la misión. Boneu interpreta de estas frases que esta división de fuerzas se decidió "según acuerdo realizado con Vila" ¹⁰⁰. Pero ambas frases son condicionales y no se deduce en absoluto que Vila hubiera dado su conformidad o siquiera que se hacía con su conocimiento. Además, aun en el improbable caso de que Vila decidiera emprender una navegación tan precaria, sólo podría ser para volver a San Blas y porque la posición en San Diego era insostenible, en cuyo caso tampoco podrían quedarse los quince soldados de cuera. De hecho, Rivera parece dar por supuesto que, tras resistir hasta el último momento en San Diego, todos los hombres se retirarían en el paquebote a discreción de Vila. En resumen, la planificación de Portolá de nuevo resulta borrosa.

No aparece en la documentación de la Junta el Parecer y voto de Serra, y Boneu afirma sólo que no asistió a ella sin que se sepan los motivos ¹⁰¹ pero es mucho más probable que Serra, testigo de los antagonismos entre los oficiales, simplemente no quiso tomar parte por escrito. Es más no cabe duda de que si Serra creyese que las medidas tomadas por Portolá eran las adecuadas para la conservación de la nueva misión, no le regatearía su apoyo en este delicado momento. El no constar que lo hiciera posiblemente sea otro indicio de que el liderazgo de Portolá también a ojos de Serra dejaba mucho que desear. El estilo críptico de Serra no es siempre fácil de descifrar, pero cuando el 10 de febrero escribió "sólo me queda lamentarme de ver los lentos pasos con que se anda" ¹⁰², es probable que se refiriera a la lentitud del proceso de evangelización, pero también podría ser una velada alusión a la indecisión de Portolá, manifiesta en estos días.

Por otra parte, no sabemos cómo eran las relaciones entre Serra y Rivera en este período, pero quizás sea significativo que cuando el misionero se decidió a solicitar la sustitución de Fages como gobernador, no pidió el nombramiento de Rivera sino de Ortega, dedicando mucha atención a recordar todos sus servicios y méritos antes y a lo largo de la expedición al norte ¹⁰³ Hay que suponer que

Serra estaría al tanto de que Crespí no sentía especial cordialidad hacia Rivera, tras haber recorrido en su compañía todo el camino de Velicatá a San Francisco y vuelta a San Diego. Ahora bien, respecto de Portolá, a los frailes no se les escapaba el valor de la diplomacia, y es sin duda con esa intención que Crespí pidió a Palou que escribiese a Portolá expresando su reconocimiento del leal esfuerzo del gobernador en la búsqueda de Monterrey, y su agradecimiento por la cortesía y prudencia con que trató a los misioneros ¹⁰⁴. Por ese mismo motivo, buscando halagar al todopoderoso Gálvez por su elección de jefe de la expedición, Crespí habló al visitador del prudente comportamiento de Portolá hacia todo el mundo y su generosidad para con los misioneros. No son, ciertamente, elogios muy efusivos, y brilla por su ausencia cualquier indicación de determinación heroica en el liderazgo de Portolá, pero sin duda los elogios ofrecidos fueron merecidos.

Rivera se debió de preparar rápidamente para salir el 8 de febrero, pues su propia propuesta señalaba este día para la partida, pero las cartas del gobernador para sus superiores no se redactaron hasta el día 11. Hay indicios de que la expedición salió el día 10, en cuyo caso Portolá enviaría sus cartas con un correo para alcanzar a Rivera, y otros de que no salió hasta el día 12¹⁰⁵. Rivera, acompañado por el padre Vizcaíno, siempre propuso marchar con sus veinticinco soldados de cuera más dos sirvientes Costansó aseguró días después que Rivera salió con "28 hombres de la tropa de esta expedición"¹⁰⁶; pero en su

Diario histórico apuntó que se fue con cuarenta hombres ¹⁰⁷. Es probable que esta discrepancia grande se deba a que se fueron también doce o trece indios bajocalifornianos, para reducir el número de consumidores en San Diego.

En su carta al virrey, Portolá aseguró dos veces que permanecería en San Diego hasta recibir respuesta de Croix o Gálvez, en la suposición de que no podría llegar hasta la segunda quincena de mayo. Además, por fin concedió valor a una idea de Rivera, viendo la posibilidad de minimizar su fracaso en Punta de Pinos, al sugerir que Gálvez podría modificar sus planes a la luz de las exploraciones hasta San Francisco.

Portolá había dado a cada hombre del grupo de Rivera dos almudes de harina para el viaje a Baja California ¹⁰⁸. Si la ración que pensaba dar a los que se quedaban en San Diego era de medio almud por persona y semana ¹⁰⁹, se deduce que no concedía más de cuatro semanas para que Rivera llegase a Velicatá, aunque seguramente confiaba en que se movería con rapidez y llegaría antes que eso. En cambio, no podía concederle menos de seis o siete semanas para hacer el viaje de regreso, porque, aun teniendo en cuenta que Portolá había hecho el camino cómodamente en seis semanas y media, Rivera iba a traer ganado, además de mulas cargadas de otras provisiones, que le obligaría a

En resumen, pues, si Portolá esperaba a Rivera de vuelta en San Diego en la segunda quincena de mayo, debía salir de Velicatá en la primera quincena de abril, por lo que se deduce que le concedía aproximadamente un mes para reunir el ganado y los víveres, más los sacos, alforjas, cajas, y cuerdas necesarios, para poner a sus hombres en condiciones de enfrentarse con el agotador trabajo del regreso, y para recibir las respuestas de Croix y Gálvez a las cartas de Portolá. Ciertamente, las previsiones temporales del comandante parecen poco realistas, teniendo en cuenta la pobreza de las misiones bajocalifornianas, cuyos frágiles recursos económicos quedaron casi arruinados durante el período de mando militar, tras la expulsión de los jesuitas, y luego esquilados durante el preparación de las expediciones a la Alta California.

LA CUESTIÓN DEL SAN CARLOS

Entretanto, la ausencia de Rivera no significaba que hubieran terminado los conflictos entre los jefes de la expedición. Portolá tampoco se entendía con Vila y, cuando le habló de la posibilidad de levar anclas, la negativa de Vila le impulsó, el 20 de febrero, a convocar una nueva Junta para hablar del *San Carlos*, tema que necesariamente llevaba a considerar el modo de evacuar San Diego en caso de necesidad. Una vez más las minutas de la Junta rezuman tensión ¹¹⁰ Boneu achaca los problemas a la falta de mando único en la expedición, defecto imputable a las órdenes de Gálvez, pero aun reconociendo que tanto Vila como Portolá tenían "convincientes razones", opta por creer que Vila mintió al negar que hubiera aceptado la propuesta de zarpar con los voluntarios ¹¹¹. En efecto, el propio gobernador en su Parecer dijo que aunque él ostentaba el mando de la expedición terrestre, no sabía si Vila, comandante de la expedición marítima, estaba obligado a acatar sus órdenes, y por eso no se atrevía a ordenarle zarpar. El problema tenía dos aspectos, pues por un lado el paquebote era una vía de evacuación de personas y objetos de San Diego, y por otro era una propiedad real valiosa en sí misma.

Portolá afirmó que, cuando partió Rivera, había retenido a más hombres de los necesarios en San Diego para tripular el *San Carlos* si Vila decidiese zarpar, al objeto de intentar salvar el barco, quejándose ahora, sorprendido, de que Vila hubiera "mudado totalmente de parecer" ¹¹². Tanto Costansó como Fages corroboraron este extremo, dando a entender que Vila no había dicho que no pensaba zarpar, por lo que recomendaban recordarle las razones que habían dictado la división de hombres en la Junta anterior. Ahora bien, conviene señalar que ninguno de los tres afirmó categóricamente que Vila hubiera consentido en navegar con los hombres de Portolá y Vila, ante la mera sugerencia de que pudiera zarpar en esas condiciones, lo negó, asegurando con evidente indignación "lo he

hallado y lo hallo por impracticable, ni es capaz se encuentre en ninguna de mis cartas un contesto semejante". Con impecable lógica, expuso que si zarpara con la tripulación propuesta sería culpable de temeridad y, una vez en alta mar, nadie podría eximirle de la responsabilidad de la salvación del barco y de las vidas que llevaba. En cambio, quedándose en San Diego, al menos se podría aprovechar gran parte de sus piezas y muebles. Respecto de la decisión de retener hombres para tripular el paquebote, Vila contestó "no tengo en eso facultad, ni hay necesidad de que se me comunique", añadiendo que Portolá "sabrà tomar sus medidas", con lo cual se desligó totalmente de las decisiones de Portolá, a la vez que le hacía plenamente responsable de ellas. Ahora bien, aun en la convicción de que no debía zarpar en las condiciones referidas, Vila se mostró dispuesto a considerar esa posibilidad siempre y cuando Portolá y toda la Junta se responsabilizasen por escrito de la decisión de zarpar. En todo caso, Vila aseguró confiar en la "actividad de nuestros jefes" para que les llegase socorro por mar.

En el trasfondo de esta Junta subyacía otro viejo problema: el de los víveres. Fages quiso alardear de nuevo de sus intenciones heroicas, proponiendo aguantar "hasta no tocar palpablemente los términos de un imposible", y refrendando el plan de Rivera de salar la última carne de mula para retirarse en el barco, en el caso de que Vila llegase a convenir en zarpar. Por su parte, Portolá estaba preocupado porque había retenido a muchos hombres en San Diego y no podía reducir más las raciones. Había pensado en enviar a los voluntarios por tierra tras Rivera, para economizar aún más el consumo de víveres, pero rechazó esta idea porque tendría que enviar al menos tres soldados de cuera con ellos para ocuparse de los caballos y las cargas, y entonces la misión quedaría con una escolta de sólo doce hombres, que juzgaba insuficiente. Al parecer, no se le ocurrió pensar en enviar a los tres soldados de cuera con sólo nueve voluntarios, reteniendo a tres para completar la escolta de San Diego, probablemente porque eso habría planteado un problema de mando sobre los hombres de Fages, si bien esa consideración no le impidió pensar en embarcar a algunos soldados de cuera que hubiesen "andado en canoas".

Por último, Portolá afirmó que Vila no tendría problemas de víveres si decidiese zarpar "pues se halla aún con 25 fanegas de maíz, 30 de harina y 5 de legumbres, esto es lo sabido". Es evidente, pues, que Portolá estaba inquieto no sólo porque quizás no pudiera mantenerse en San Diego hasta la vuelta de Pérez o de Rivera, sino porque Vila disponía de sus propios víveres, cuyo monto no se conocía con exactitud, y tal vez pudiera estar pensando en permanecer en el puerto dentro de su barco hasta la llegada de algún auxilio. De hecho, Vila confiaba en que Gálvez y Croix enviarían ayuda y afirmó "con este solo motivo tengo bastante para asegurar mi crédito, vidas, barco y útiles", por lo

insinuar que pretendía quedarse en el puerto. Este dato viene a corroborar la afirmación de Palou de que Serra y Crespí se pusieron secretamente de acuerdo con Vila para quedarse los tres en el *San Carlos*, aun en el caso de tener que marcharse el resto de la expedición ¹¹³, plan que Boneu califica de invención de Palou ¹¹⁴. Nosotros, en cambio, creemos que tanto Serra como Vila tenían poderosas razones para preferir esperar a Pérez, y no cabe dudar de la fortaleza de espíritu de Serra para llevar semejante plan a la práctica.

Sin duda a Portolá le debía de alarmar esta sospecha. En su contestación Vila dejó ver claramente que creía que Portolá se había equivocado al retener a los Voluntarios, los cuales ni servían como tripulantes ni eran capaces de volver a Velicatá sin ayuda de los soldados de cuera. Afirmó que si Portolá se hubiera quedado con la escolta precisa "no hay duda que estaríamos a la presente más pujantes de víveres y se podría conservar el barco y misión más de cinco meses", tiempo suficiente para que regresara Rivera con el ganado y otras provisiones. Es una lástima que la carta de Vila haya sido mutilada, porque posiblemente habría arrojado más luz sobre estos oscuros días de la ocupación de San Diego. Tampoco consta si Serra aceptó en esta ocasión la invitación de Portolá a asistir a la Junta.

En definitiva, parece que Portolá no veía otra solución que permanecer todos juntos en San Diego, esperando la llegada de auxilio. Si dicho auxilio no llegase a tiempo, se efectuaría la retirada por tierra. Para ello, pensaba reservar cierto número de mulas, "pues de esta manera se podrán recoger los efectos de las misiones que se puedan y conservar las mulas". Es decir, que como no podía embarcar las propiedades de las misiones en el paquebote, tendría que llevarse las por tierra, para lo cual necesitaría las mulas, por lo que no podría alargar su espera en San Diego a base de carne de mula, y tendría que adelantar la fecha de la evacuación.

La siguiente duda y fuente de tensión, pues, gira en torno a la fecha que fijó Portolá para iniciar la retirada. Según una carta que escribió Serra el 10 de febrero, a raíz de la Junta del día 6, ya se pensaba en el posible abandono de San Diego. Decía: "de lo que más hablan algunos es del desamparo y abolición de esta mi pobre misión de San Diego" y como le afligían las "dudas de si se habrá de desamparar lo ganado", anunció que "si vemos se van acabando los víveres y la esperanza, me quedaré con sólo el padre fray Juan, para aguantar hasta el último esfuerzo" ¹¹⁵

Sabemos que Portolá había calculado el 28 de enero que había víveres suficientes para esperar toda la expedición doce semanas y media, es decir, hasta el 24 de abril ¹¹⁶. Si no podía contar con el transporte marítimo ni con la carne de las mulas, debía concederse de cuatro a seis semanas para volver por tierra a Velicatá, con lo cual debía ponerse en camino entre el 14 y el 28 de marzo. Esto

concuerdar con la versión comúnmente citada y comentada de Palou, quien aseguró que Portolá le comunicó "que habiendo mandado registrar los víveres existentes, según el cómputo que se había hecho, administrados con toda economía, alcanzarían apenas hasta mediados de marzo, reservando lo muy preciso para la retirada hasta la frontera y nueva misión de San Fernando, ...tenía determinado que si para el día del Señor San José no llegaba a aquel puerto alguno de los paquebotes de San Blas con víveres, el día 20 de marzo se regresaría la expedición, desamparando el puerto de San Diego" ¹¹⁷. La versión de Palou ha sido aceptada por muchos autores, asegurando que Portolá planeaba evacuar San Diego el 20 de marzo si no llegase auxilio, ¹¹⁸ aunque Chapman juzgó que era "una calumnia inmerecida contra Portolá, contada con vistas a la exaltación de Serra" ¹¹⁹

Ahora bien, lo que Palou no dedujo de estas noticias fue que, una vez despachado el grupo de Rivera, se reduciría el consumo de víveres en San Diego, entendiéndose que, gracias a esta medida, Portolá pensaba poder esperar más allá de esa fecha. Así pues, Palou no "se inventó" la fecha de la retirada, como supuso Chapman, sino que entendió sólo a medias el plan de Portolá y, aunando el sentido dramático de su relato con su natural inclinación al providencialismo, dio una excesiva relevancia a la coincidencia del día de San José con el primer avistamiento del barco. Siguiendo a Chapman, Boneu califica de "leyenda partidista, absurda y desconsiderada" la idea de que fuera la tenacidad de Serra lo que salvó San Diego del abandono, recalcando que "Portolá pensó sólo en una retirada temporal" ¹²⁰. pero su indignación está fuera de lugar en este punto porque Palou de hecho no le atribuyó a Serra ninguna acción para prolongar el mantenimiento de la misión hasta el 19 de marzo, y sí sólo mencionó sus oraciones a San José para que llegase ayuda antes de que se marcharan los expedicionarios. Semejante explicación no tiene nada de particular, pues el propio Portolá afirmó "creo firmemente ha concurrido el santo en que [Pérez] no haya concluido su viaje al puerto de Monterrey" ¹²¹

Portolá escribió el 11 de febrero que permanecería en San Diego hasta recibir una respuesta de Gálvez o de Croix, suponiendo que no podría regresar Rivera hasta la segunda quincena de mayo como mínimo ¹²². En principio, pues, daba a entender al virrey que aguantaría hasta finales de mayo, aunque esta previsión parece demasiado optimista. En efecto, arroja cierta duda sobre esto el final de su Parecer en la Junta celebrada entre el 20 y el 26 de febrero, donde la frase "si no viene socorro dentro de mes y medio" sugiere que en ese momento estaba pensando en una fecha entre el 6 y el 12 de abril. Esto parece más razonable, e indica que la partida del grupo de Rivera había permitido a Portolá prolongar su espera en San Diego entre dos y tres semanas. Rivera se llevó raciones para cuarenta hombres y cuatro semanas, y en San Diego habían quedado más de cuarenta hombres, por lo que concuerdan los datos. No parece probable, pues, que Portolá

aspirara a quedarse hasta el regreso de Rivera, como sugiere Chapman ¹²³, aunque siempre cabía la posibilidad de encontrarse con él en el camino si se emprendiese la retirada a mediados de abril. Por lo tanto, todas sus esperanzas estaban puestas en Pérez y el auxilio por mar, y aunque Palou se equivocó en la fecha exacta prevista para la retirada, no erró la esencia del problema.

EL REGRESO DE PÉREZ

Pese a la cortedad de su tripulación, Pérez había logrado llevar el *San Antonio* a San Blas el 30 de julio de 1769. El virrey Croix aprobó lo hecho hasta comienzos de julio y mandó despachar otra vez el *San Antonio* con más provisiones y nuevas tripulaciones para ambos paquebotes ¹²⁴. Gálvez abundó en lo mismo, aunque ya empezaba a sentir la frustración de la campaña de Sonora, e iba a caer gravemente enfermo antes de que pudiera zarpar el barco. Lo más difícil resultó ser reunir suficientes marineros para este arriesgado viaje, pero al fin, el 20 de diciembre Pérez levó anclas para navegar directamente a Monterrey, según instrucciones del virrey, quien dio por supuesto que Portolá había ocupado ese puerto. Tuvo una navegación difícil y esta vez tardó tres meses en llegar a San Diego. Decidió ir a este puerto y no a Monterrey porque los indios del canal de Santa Bárbara le informaron de la retirada de Portolá y perdió un ancla durante las maniobras de hacer aguada. Así fue cómo avistó San Diego el 19 de marzo, dando fondo en el puerto el día 23 ¹²⁵.

Nunca sabremos qué habrían hecho Serra, Crespi y Vila, si no hubiera llegado Pérez y Portolá se hubiera visto obligado a abandonar San Diego. Los abundantísimos víveres y la marinería que traía el *San Antonio* permitieron no sólo afianzar la presencia española en San Diego sino pensar en volver a intentar la localización y ocupación de Monterrey. A favor de este plan estaban las instrucciones iniciales de Portolá, la nueva insistencia de Croix y Gálvez sobre el valor que concedían a ese puerto (pues cuando zarpó Pérez, no habían recibido los informes sobre la primera expedición a Monterrey y San Francisco), y el comienzo de la estación seca pero un factor que disuadía del intento era la escasez de tropa con que contaba Portolá para mantener San Diego y Monterrey, aunque el próximo regreso de Rivera resolvería ese problema.

Portolá decidió que no podía perder esta oportunidad, y trazó un plan conjuntamente con Pérez. No sabemos qué actitud adoptaría Vila ante esta novedad, aunque no podía estar satisfecho con su propio papel. Posiblemente su barco no estaba en condiciones de navegar en tan breve plazo sin duda Pérez se sentiría obligado a seguir personalmente a Monterrey porque ésas eran las órdenes que traía y quizás Portolá se alegrara de tener estas excusas para no contar con Vila, en quien no podía depositar gran confianza, especialmente

ahora que su plan requería inexcusablemente la coordinación de las expediciones marítima y terrestre.

El caso es que el 16 de abril zarpó el *San Antonio*, llevando los víveres y semillas, útiles y objetos del culto para el presidio y la misión. A bordo iban Serra, el cirujano Prat, y Costansó, cuya presencia en el barco era aconsejable por cuanto había participado en la expedición terrestre a Punta de Pinos y San Francisco. Como las instrucciones de Pérez indicaban que debía remontar hasta los 38 grados para luego acercarse a la costa en busca de Monterrey, Portolá le pidió que lo hiciese así porque desde esa latitud tendría ocasión de reconocer el puerto de San Francisco y cercanías, lo que sería muy útil en caso de optar por ocupar esa parte de la costa. Después debería reunirse con Portolá en Monterrey o, en su defecto, acudir a la Punta de Pinos señalada con cruces para juntarse o dejar mensajes para lograr la reunión. Portolá creía que desde el mar quizás fuera más fácil localizar el puerto de Monterrey, y en efecto, Pérez no tuvo ninguna dificultad en identificarlo, aunque no pudo fondear hasta el 31 de mayo a causa de la dificultad de esta navegación ¹²⁶.

Por su parte, Portolá salió de San Diego el 17 de abril con Crespi, Fages y sus doce voluntarios, siete soldados de cuera (incluido el cabo Mariano Carrillo), dos arrieros, un criado y cinco indios. Así pues, de la expedición original quedaban en San Diego sólo los padres Parrón y Gómez, el sargento Ortega con ocho soldados de cuera, y algunos indios. Portolá sospechaba que San Francisco ofrecía mayores ventajas que Monterrey, pero aseguró a Croix antes de partir "en todas circunstancias siempre preferiré el puerto de Monterrey, por no apartarme un punto de mi ciega resignada obediencia" pero quiso dar una muestra de imaginación ejecutiva (a la vez que se cubría de un nuevo fracaso y se daba a sí mismo una justificación para dar por terminada su misión y abandonar la Alta California), añadiendo que si no aparecía Monterrey haría el establecimiento en San Francisco "pues creeré que no le será sensible a V.E. se ejecute así, pues cuanto más nos extendamos al norte tantos más dominios poseerá el rey, mejores tierras y mucha más gentilidad" ¹²⁷. Portolá se acercaba así a la misma conclusión que había expresado Rivera. El caso era cumplir la misión de una manera u otra, y luego correr en busca de la recompensa. Portolá preparó el camino con estas palabras: "...reconociendo que el ánimo de V.E. es que esta grande obra se consiga, no me paro en dificultades, obstáculos ni riesgos, pues desde que salí de California fue mi resolución o morir o desempeñar mi comisión" ¹²⁸.

Llegó a la Punta de Pinos el 24 de mayo ¹²⁹, hallando las cruces puestas en la expedición anterior e identificando con seguridad el puerto de Monterrey. Portolá no lo dudó e informó al virrey que estaba en Monterrey "sin que haya faltado en un ápice Cabrera Bueno en las señas que dice su historia" ¹³⁰. Pérez y su segundo piloto Miguel del Pino dieron fe el 3 de junio de que Portolá tomó

posesión de Monterrey "siendo dicho puerto el propio que dice la historia del viaje de don Sebastián Vizcaíno y el derrotero del piloto don José Cabrera Bueno"; y Fages atestigüó el día 11 "que por la historia de Californias del viaje de Sebastián Biscaino, y por el derrotero de Cabrera Bueno, hallo las señas así de mar como de tierra sin que falte nada" ¹³¹; por último, según Matías de Armona, todos los expedicionarios reconocieron el puerto porque se ajustaba a las referencias de Cabrera Bueno ¹³²

En cambio Costansó señaló que la Punta de Pinos no estaba en la latitud indicada por Cabrera, ni estaba tendida como decía Cabrera NE-SO, sino NO-SE, y por lo tanto el puerto no tenía abrigo de los fuertes vientos prevalentes desde el nor-noroeste ¹³³. Evidentemente, Portolá no quería arriesgarse a que, en virtud de las dudas anteriores, se pusiera en tela de juicio su perfecto cumplimiento de las órdenes. El tenor de estos testimonios, excepto el de Costansó que se ajustó a la verdad, sorprende por cuanto no sólo se alejan de la verdad sino que, en el caso de Fages, claramente contradice su primer juicio sobre el puerto. Incluso Crespí contradijo sus primeras impresiones del lugar, no sólo afirmando que Monterrey se conformaba a las señas dadas por Cabrera, sino incluso hablando de buenos pinares donde antes dijo que no vio ni un solo árbol útil para reponer mástiles o vergas ¹³⁴. Serra prefirió guardar para sí sus pensamientos sobre este asunto, diciendo: "En orden a no haber hallado este puerto los de la expedición pasada y haber promulgado que ya no existía, no tengo qué decir ni porqué meterme a juzgarlos" ¹³⁵, pero comprendió la importancia de que no subsistieran dudas sobre la identificación de Monterrey, diciendo "bien justo es se borre *in totum* de la aprehensión de todos la sospecha o quizás la creencia de haberse perdido y no existir tal" ¹³⁶. Con esto daba a entender que dicha creencia podía haber tenido su fundamento, y por tanto no se debía imputar a incompetencia o malicia, pero que convenía olvidarse de todas las discusiones al respecto.

Esta vez Portolá no perdió el tiempo. En sólo seis semanas desde su llegada a Punta de Pinos, se fundaron el presidio de Monterrey y la misión de San Carlos Borromeo, erigiéndose los primeros frágiles edificios, y, sin esperar a tener noticias de Rivera, el 9 julio abandonó Monterrey con Pérez en el *San Antonio*. Sus instrucciones originales mandaban que volviese a Loreto por tierra, reconociendo el terreno en busca de buenos lugares para fundar misiones, pero Portolá sin duda quería salir cuanto antes de las Californias y había obtenido permiso para regresar a San Blas por mar ¹³⁷. Pensaba hacer escala en San Diego para dejar algunos marineros en el *San Carlos*, y "por si acaso se halla el capitán con el ganado que había de conducir", para darle orden de seguir hasta Monterrey ¹³⁵. Sin embargo, el *San Antonio* no se detuvo en San Diego, según Portolá, porque Pérez no lo juzgó conveniente ¹³⁹ y según Palou, porque los vientos no eran favorables para esta maniobra ¹⁴⁰

Mientras tanto, Rivera y sus hombres habían hecho un esfuerzo impropio, dando nuevas muestras de su eficacia, recorriendo en sólo catorce días el camino entre San Diego y Velicatá, donde llegaron el 25 de febrero ¹⁴¹. Palou se apresuró a reunir las provisiones que pudo y en abril o mayo partió Rivera de nuevo hacia la Alta California, con otros diecinueve o veinte soldados, algunos vaqueros y arrieros, una recua de ochenta mulas con sus cargas, y cerca de doscientas reses vacunas ¹⁴². La tarea de reunir las mulas debió de resultar especialmente penosa por cuanto se habían requisado las mejores en 1769, y desde entonces no se habían repuesto según lo acordado ¹⁴³. No debió de resultar muy grato a Rivera tener que volver con Portolá y Fages, después de los conflictos habidos, pero estaba dispuesto a cumplir con su deber aunque hizo saber en Baja California que regresaba "con repugnancia" ¹⁴⁴.

Así pues, Rivera estuvo de vuelta en San Diego a principios de julio sólo cinco semanas después de cumplirse el utópico plazo previsto por Portolá ¹⁴⁵. Tras esta nueva demostración de eficacia, Rivera sin duda tenía motivos para pensar que sus méritos quedarían reconocidos, pero supo entonces que algunos expedicionarios se habían atrevido a expresar dudas acerca de la exactitud o la veracidad de Rivera en sus exploraciones de Punta de Pinos. Dolido, escribió, "comencé una carta a V.S. en la que le decía lo ingrato que por acá se habló de mí, y de que había encubierto el puerto de Monterrey" ¹⁴⁶. Es a todas luces una acusación absurda, toda vez que los informes de Rivera coinciden perfectamente con la realidad de las características de esta costa, y ninguno de los expedicionarios se podía llamar a engaño respecto de su configuración. Sin embargo, este dato arroja alguna luz sobre el extraño cambio de juicio de Portolá y Fages sobre las señas del puerto que señalamos anteriormente, e indica que no trataban sólo de alejar cualquier duda acerca de la identificación del puerto, sino de justificar su no ocupación en 1769 culpando a Rivera de haber mentido para ocultar su hallazgo, sin que aparezca el motivo que pudiera haber inspirado un comportamiento tan sorprendente y contraproducente en el veterano capitán.

Pocos años más tarde, cuando la escasez de agua y de tierra fértil en Monterrey quedaba ya manifiesta, habiéndose mudado la misión de San Carlos de emplazamiento por ese motivo, y habiéndose nombrado a Rivera como comandante de esta plaza, propuso el traslado también del presidio, confirmando su primera impresión desfavorable del lugar. El virrey Bucareli aprobó esta propuesta, pero Gálvez, entonces ministro de Indias, prohibió cualquier cambio en este puerto, cuya ocupación había sido uno de sus éxitos más sonados.

En fin, al ver que el *San Antonio* no hacía escala para dejarle marineros, Vila decidió aceptar la oferta de Rivera de proporcionarle víveres y algunos hombres con los cuales poder alcanzar San Blas y salvar al *San Carlos* de la ruina total. No había podido participar en la ocupación de Monterrey, y sin marineros expertos tampoco podía aspirar a enmararse para llegar a ese puerto, por lo que

su único deber ahora era evitar que su barco quedase inútil. Muy triste debía de ser el ánimo de Vila, pues, cuando por fin zarpó de San Diego el 1 de agosto, logrando dar fondo en San Blas el día 24 ¹⁴⁷

No iban a alcanzar a Vila las felicitaciones en nombre del rey que recibieron Gálvez y Croix durante las festividades celebradas en México, al saberse la noticia de la ocupación del famoso puerto de Monterrey. Enfermo, y seguramente abatido, Vila murió en diciembre de ese mismo año. Gálvez volvería triunfante a España para continuar su brillante carrera, Croix sería nombrado capitán general de Valencia, Portolá recibiría su ascenso a teniente coronel, y Fages sería nombrado comandante de la Alta California y ascendido a capitán. La valía de Rivera quedaría reconocida por fin, al ser nombrado para sucederle a Fages en el mando de la nueva provincia en 1773.

NOTAS

1. Gálvez, Instrucciones que ha de observar don Vicente Vila, 5 enero 1769, en AGI, Guadalajara, 416.
2. Cit. en F. Boneu, ed. *Documentos secretos de la expedición de Portolá a California. Juntas de Guerra*. Lérida, 1973, 65.
3. H.H. Bancroft, *History of California*. San Francisco, 1886, I, 115. C.E. Chapman, *A History of California: the Spanish Period*. Nueva York, 1923, 224 y 230, dice que era un soldado valiente y un oficial caballeroso.
4. John W. Caughey. *California*. Englewood Cliffs, NJ, 1953, 111. D.A. Nuttall, "Gaspar de Portolá: Disenchanted Conquistador of Spanish Upper California", *Southern California Quarterly*, 53, 1971, n. 3, 185.
5. Nuttall, 1971, 186.
6. Informe de Portolá, elaborado por Juan Manuel de Viniegra, 4 septiembre 1773, en AHN, Estado, 2845.
7. Serra a Palou, 3 julio 1769, en A. Tibesar, ed., *Writings of Junípero Serra*. Washington, D.C., 1955, I, 142-44, dice que caminaron todos los días excepto ocho que, salteados, se dieron para descanso de los animales, pero que sólo dos jornadas fueron de seis horas y las restantes fueron de entre hora y media y cuatro horas y media, siempre a paso de recua.
8. Portolá a Croix, 4 julio 1769, y Fages y Costansó a Croix, 4 julio 1769, en Boneu, ed., 1973, 120 y 125.
9. Fages y Costansó a Croix, 4 julio 1769, cit., 125.
10. Serra a Palou, 3 julio 1769, en Tibesar, ed., 1955, I, 142.
11. Serra. *Diario de la expedición*, 1769, en Tibesar, ed., 1955, I, 116.
12. Portolá, *Diario*, 1769, en *Crónicas del descubrimiento de la Alta California, 1769*. Ed. de A. Cano, N. Escandell, y E. Mampel. Barcelona, 1984, 201. Crespí, *Diario de la primera expedición*, 1769, Crespí a Palou, 9 junio 1769, y Crespí a fray Juan Andrés, 22 junio 1769, en H.E. Bolton, ed., *Fray Juan Crespí, Missionary Explorer on the Pacific Coast, 1769-1774*. Berkeley, 1927, 62, 5 y 15.
13. E.J. Burrus, ed. *Diario del capitán comandante Fernando de Rivera y Moncada con un apéndice documental*. Madrid, 1967, 2 vols., y "Rivera y Moncada, Explorer and Military Commander of Both Californias, in the Light of His Diary and Other Contemporary Documents." *Hispanic American Historical Review*, 50, 1970, 682-692.
14. V.E. Thickens y M. Mollins, "Putting a Lid on California: An Unpublished Diary of the Portolá Expedition, by José de Cañizares", *California Historical Society Quarterly*, 31, 1952, n. 2, 112-13.
15. Burrus, 1970, 684. Gálvez a Croix, 16 diciembre 1768, en AGI, Guadalajara, 416.
16. Además, Ronald L. Ives. "Problems of the Serra Route", *Journal of San Diego History*, 21, 1975, n. 4, 27-28, explica que en las alturas hace menos calor que en la costa, y crecen los pastos necesarios para los animales de silla y carga gracias a las lluvias orográficas y la condensación de niebla.
17. Crespí a Palou, 9 junio 1769, cit., 6-11.
18. Crespí, *Diario*, 1769, en Bolton, ed., 1927, 66.
19. Serra a Juan Andrés, 3 julio 1769, en Tibesar, ed., 1955, I, 134.
20. Rivero a Croix, 26 julio 1768, en AGN, Historia, 324.
21. Portolá, *Diario*, en *Crónicas*, 1984, 204.
22. Portolá a Croix, 4 julio 1769, en Boneu, ed., 1973, 120.
23. Informe de Periquez al capitán Callis, 1772, en Tibesar, ed., 1955, I, 402.
24. Fages y Costansó a Croix, 4 julio 1769, en Boneu, ed., 1973, 125.
25. Vila a Croix, 6 julio 1769, en AGI, Guadalajara, 417.
26. Costansó, *Diario histórico*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 39.
27. Vila a Croix, 6 julio 1769, en AGI, Guadalajara, 417, y Portolá a Croix, 4 julio 1769, en Boneu, ed., 1973, 120.
28. Crespí a Palou, 9 junio 1769, en Bolton, ed., 1927, 12.
29. Fages y Costansó a Croix, 4 julio 1769, en Boneu, ed., 1973, 125.

30. J. P. Sánchez, *Spanish Bluecoats. The Catalan Volunteers in Northwestern New Spain, 1767-1810*. Albuquerque, 1990, 61-62.
31. Sobre este personaje véase Janet R. Fireman y Manuel P. Servin. "Miguel Costansó: California's Forgotten Founder", *California Historical Society Quarterly*, 49, March 1970, n. 1, 3-19. Estos autores exaltan el papel de Costansó como cronista, afirmando que evitó caer en prejuicios o en la anécdota trivial.
32. Portolá a Croix, 4 julio 1769, en Boneu, ed., 1973, 121.
33. Idem. y Fages y Costansó a Croix, 4 julio 1769, cit., 125.
34. Parecer de Rivera, Junta de 7 diciembre 1769, en Boneu, ed., 1973, 59-60.
35. Serra a Palou, 3 julio 1769, en Tibesar, ed., 1955, I, 144 Portolá a Croix, 4 julio 1769, en Boneu, ed., 1973, 121.
36. Periquez al capitán Callis, 1772, en Tibesar, ed., 1955, I, 402.
37. Serra a Bucareli, 13 marzo 1773, en Tibesar, ed., 1955, I, 302 véase también T.E. Treutlein, "The Portolá Expedition of 1769-1770", *California Historical Society Quarterly*, 47, 1968, n. 4, 295-96, y Burrus, 1970, 685. Así pues, habitualmente no iba Rivera a la cabeza de la columna, como afirma Boneu, ed., 1973, 23, si bien fue él quien condujo las exploraciones en la Punta de Pinos.
38. Costansó llevaba un octante y Crespí un astrolabio. R.F. Wood, "Juan Crespí: The Man Who Named Los Angeles", *Southern California Quarterly*, 53, 1971, n. 3, 216.
39. Cabrera Bueno. *Navegación especulativa y práctica*. Manila, 1734, 303, en Bolton, ed., 1927, 236, y cit. por Bancroft, 1886, I, 101-2 y 152-3, y por Boneu, ed., 1973, 24. No obstante, había cierta confusión acerca del abrigo ofrecido por el puerto, pues según "Derrotero de la navegación ... hecho por el capitán Gerónimo Martín Palacios ... 1602", en AGI, México, 372, "es el dicho puerto capaz de cualquier género de naos, abrigado de todos vientos", y M. Venegas, *Noticia de la California*. Madrid, 1757, II, 25-90, recoge la "Relación del viaje de Vizcaino de 1602" donde se afirma (72) que el puerto "es muy bueno y de buen reparo para todos los vientos".
40. Costansó, *Diario del viaje*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 93-5, y *Diario histórico*, 1770, Idem, 44-45 Crespí a Andrés, 8 febrero 1770, en L. Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*. México, 1969, 86-87, Crespí a Gálvez, 9 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 41-42, y Crespí, *Diario*, 1769, en Idem, 204-5.
41. Boneu, 1973, 13. Sin embargo, Bancroft, 1886, I, 162, conoció estas minutas, afirmando que habían sido incluidas en el Diario original de Portolá, pero que no se encontraban en la copia.
42. Minutas, en Boneu, ed., 1973, 29-32 Costansó, *Diario del viaje*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 95 Crespí, *Diario del viaje*, y Portolá, *Diario del viaje*, cits.
43. *Crónicas*, 1984, 44.
44. Fages, *Continuación y suplemento a ... "Extracto de Noticias del Puerto de Monterrey"...y ..."* *Diario histórico* "...", 1775, en *Crónicas*, 1984, 180.
45. En el Parecer de Costansó, Boneu, ed., 1973, 31, transcribe 36 grados donde sin duda debe decir 37.
46. *Crónicas*, 1984, 95.
47. Fages, *Continuación*, 1775, cit., 180.
48. Minutas de la Junta convocada el 20 de febrero de 1770, en Boneu, ed., 1973, 97.
49. D. Nuttall, *Pedro Fages and the Advance of the Northern Frontier of New Spain, 1767-1782*. Tesis doctoral, University of Southern California, 1964, 168-9, y Sánchez, 1990, 66.
50. Verger a Lanz de Casafonda, 3 agosto 1771, en Gómez Canedo, ed., 1969, 156. Esta carta es una severa crítica de la improvisación y el utopismo de Gálvez en la expansión a Alta California.
51. Serra, *Diario de la expedición*, 1769, en Tibesar, ed., 1955, I, 40, comentó con resignación que Rivera tuvo que realizar esta desagradable tarea "con mano algo pesada".
52. En Boneu, ed., 1973, 32, dice "ya se arrimen" pero entendemos que debe de ser error de copista, transcripción o imprenta.
53. Crespí, *Diario*, 1769-70, en Bolton, ed., 1927, 227-28.
54. *Crónicas*, 1984, 107.

55. Crespi a Gálvez, 9 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 44.
56. Crespi, *Diario*, 1769-70, en Bolton, ed., 1927, 246.
57. Crespi a Andrés, 8 febrero 1770, en Gómez Canedo, ed., 1969, 87.
58. Sin embargo, Boneu, ed., 1973, 49, fuerza mucho esta natural reacción inicial para intentar demostrar que Rivera mostró gran obstinación en no querer reconocer San Francisco.
59. Idem lo mismo dice en Crespi a Palou, 6 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 28 Boneu, ed., 1973, 104, cita mal esta pasaje.
60. Minutas de la Junta de 11 noviembre 1769, en Boneu, ed., 1973, 41-46.
61. Además, Costansó, *Diario del viaje*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 106-7, y Crespi, *Diario*, 1769-70, en Bolton, ed., 1927, 228, en este punto del viaje se explayan ampliamente en este razonamiento sobre las latitudes.
62. Costansó, *Diario histórico*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 46.
63. En *Crónicas*, 1984, 118. Véase también Crespi, *Diario*, 1769-70, en Bolton, ed., 1927, 245.
64. Minutas de la Junta de 7 diciembre 1769, en Boneu, ed., 1973, 56-63.
65. Crespi a Andrés, 8 febrero 1770, en Gómez Canedo, ed., 1969, 88-89, subrayado nuestro. Véase también Crespi a Palou, 6 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 23-27.
66. *Crónicas*, 1984, 118.
67. Crespi, *Diario*, en Bolton, ed., 1927, 245.
68. Palou copió los escritos de Crespi para su obra *Noticias de la Nueva California*, redactada entre 1774 y 1782, y Figueroa supervisó en 1792 una copia de esta obra, habiéndose perdido después el original.
69. Crespi a Palou, 6 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 23-27 y Crespi a Andrés, 8 febrero 1770, en Gómez Canedo, ed., 1969, 90.
70. Portolá, *Diario*, en *Crónicas*, 1984, 211.
71. Boneu, ed., 1973, 50, nota 38.
72. Serra a Palou, 10 febrero 1770, en Tibesar, ed., 1955, I, 158.
73. Palou, 1988, 128.
74. Crespi a Andrés, 8 febrero 1770, en Gómez Canedo, ed., 1969, 91.
75. *Crónicas*, 1984, 119. El mismo diario publicado por Boneu, 1986, 175, dice den letra) 46 costales, que debe de ser un error, pese a los numerosos cotejos que se asegura haber hecho de diferentes manuscritos para esta edición.
76. Boneu, 1973, 57.
77. Crespi a Andrés, 8 febrero 1770, en Gómez Canedo, ed., 1969, 91.
78. Periquez al capitán Callis, 1772, en Tibesar, ed., 1955, I, 402.
79. *Crónicas*, 1984, 112-16, 122.
80. Crespi, *Diario*, 1769-70, en Bolton, ed., 1927, 247.
81. En *Crónicas*, 1984, 120. Crespi, *Diario*, 1769-70, en Bolton, ed., 1927, 248, dijo lo mismo.
82. Costansó, *Diario del viaje*, en *Crónicas*, 1984, 124, y Crespi, *Diario*, 1769-70, en Bolton, ed., 1927, 255.
83. Crespi a Palou, 6 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 34-35.
84. Idem, 35, y Crespi a Gálvez, 9 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 48.
85. En *Crónicas*, 1984, 213.
86. Serra a Palou, 10 febrero 1770, en Tibesar, ed., 1955, I, 158.
87. En Boneu, ed., 1973, 72.
88. Minutas de la Junta de 6 febrero 1770, en Boneu, ed., 1973, 75-77.
89. Boneu, 1973, 79.
90. Minutas de la Junta de 20 febrero 1770, en Boneu, ed., 1973, 96.
91. Boneu, ed., 1973, 77, nota 80.
92. Crespi a Palou, 6 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 30 también Crespi a Gálvez, 9 febrero 1770, en Idem, 46-47.
93. Serra a Verger, 8 agosto 1772, en Tibesar, ed., 1955, I, 258.

94. Serra a Bucareli, 13 marzo 1773, en Tibesar, ed., 1955, I, 298-300. Idem, 4 junio 1773, en Idem, 374-76, declaró que era verdad todo lo que exponían el cabo Miguel Periquez, de los Voluntarios, y el sargento Mariano Carrillo, de los soldados de cuera, en sus respectivas quejas contra Fages.
95. Mariano Carrillo, "Noticia", 21 diciembre 1772, en Burrus, ed., 1967, 369.
96. Idem, 358-9.
97. Idem, 374.
98. Informe de Periquez al capitán Callis, 1772, en Tibesar, ed., 1955, I, 402-06. Nuttall, 1964, 167-69, y Sánchez, 61-63, reconocen el carácter autoritario extremo de Fages, aunque se esfuerzan por presentar sus cualidades más positivas, como era su lealtad al rey, su inteligencia, su valor y su atención al detalle y al deber.
99. Fages y Costansó a Gálvez, 7 febrero 1770, en Boneu, ed., 1973, 128.
100. Boneu, ed., 1973, 78, nota 84.
101. Boneu, ed., 1973, 75, nota 78.
102. Serra a Palou, 10 febrero 1770, en Tibesar, ed., 1955, I, 158.
103. Serra a Bucareli, 13 marzo 1773, en Tibesar, ed., 1955, I, 300-04.
104. Crespí a Palou, 6 febrero 1770, en Bolton, ed., 1927, 36.
105. Costansó, *Diario histórico*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 47, y Boneu, ed., 1973, 79, afirman que salió el día 10. Palou, *Noticias de la Nueva California*. México, 1857, II, Cap. 18, indica que salió el día 11. Se inclinan por el día 12, Chapman, 1923, 230 M. Geiger, *The Life and Times of fray Junípero Serra*, O.F.M. Washington, D.C., 1959, I, 240, 243, 264, 338 Burrus, 1970, 685 Nuttall, 1971, 191.
106. Parecer de Costansó, Minutas de la Junta de 20 febrero 1770, en Boneu, ed., 1973, 96.
107. En *Crónicas*, 1984, 46.
108. Parecer de Portolá, Junta de 6 febrero 1770, en Boneu, ed., 1973, 78.
109. Portolá, Relación de viveres, 28 enero 1770, en Boneu, ed., 1973, 72.
110. Minutas de la Junta de 20 febrero 1770, en Boneu, ed., 1973, 97-100. Todos los Pareceres, y los votos de Costansó y Fages aparecen sin fecha, pero el voto y decisión de Portolá lleva fecha de 26 febrero 1770, y en su respuesta Vila dice que la Junta se celebró el día 27. No consta la fecha de la carta de Vila porque está incompleta.
111. Boneu, ed., 1973, y 90-91.
112. Portolá a Croix, 11 febrero 1770, AGI, Guadalajara, 417, aseguró que había llegado a un acuerdo con Vila en el sentido de zarpar con los Voluntarios en caso de extrema necesidad.
113. F. Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra, y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterrey*. Madrid, 1988, 128.
114. Boneu, ed., 1973, 87.
115. Serra a Palou, 10 febrero 1770, en Tibesar, ed., 1955, I, 160.
116. Entre la convocatoria de 31 enero y la celebración de la Junta el 6 febrero dijo que había viveres para once semanas y media, es decir, hasta una fecha entre el 21 y el 26 abril.
117. Palou, 1988, 123.
118. Algunos ejemplos son F. de Lejarza, "Descubrimiento y exploraciones de California por mar y por tierra", *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 84, 1948, n. 7-12, 425 Nuttall, 1971, 191 I.W. Engstrand, "The Occupation of the Port of San Diego de Alcalá, 1769", *Journal of San Diego History*, 24, 1978, I, 96.
119. Chapman, 1923, 230.
120. Boneu, ed., 1973, 84.
121. Portolá a Croix, 17 abril 1770, en Boneu, ed., 1973, 103.
122. Portolá a Croix, 11 febrero 1770, en Boneu, ed., 1973, 82.
123. Chapman, 1923, 230.
124. Croix a Portolá, 12 agosto 1769, en Boneu, ed., 1973, 127.
125. Costansó, *Diario histórico*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 47.

126. Idem Serra a Palou, 16 abril y 13 junio 1770, en Tibesar, ed., 1955, I, 162 y 176 y Portolá a Croix, 17 abril 1770, en Boneu, ed., 1973, 133, 142, 135-36.
127. Portolá a Croix, 17 abril 1770, en Boneu, ed., 1973, 136. En la pág. 105 de esta misma obra se transcribe "prefiero", "apartarme un ápice", y "pues cree".
128. Idem.
129. Fages y Costansó a Croix, 13 junio 1770, en Boneu, ed., 1973, 145, dicen el 24 mayo Costansó, *Diario histórico*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 48, dice el 23 mayo *Extracto de noticias del Puerto de Monterrey*, México, 1770, en *Crónicas*, 1984, 19, dice el 16 mayo.
130. Portolá a Croix, 15 junio 1770, en Boneu, ed., 1973, 147.
131. Testimonios añadidos al acta de toma de posesión del 3 junio 1770, en Boneu, ed., 1973. La transcripción ofrecida en la pág. 150 es incompleta por lo que citamos según se lee en la reproducción fotográfica del documento en la pág. 153. El testimonio de Pérez y Pino, fechado el 9 junio 1770, también se conserva en AGI, Guadalajara, 417.
132. Matías de Armona, Noticias de Monterrey, 21 agosto 1770, en Boncu, ed., 1973, 106.
133. *Diario histórico*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 48. La anotación del 28 noviembre en su *Diario del viaje*, 1770, también en *Crónicas*, 1984, 115, parece estar mal redactada o transcrita.
134. "Documents. An Unpublished Diary of Fray Juan Crespí, O.F.M." *The Americas*, III, 1947, n. 3, 377-80.
135. Serra a Palou, 13 junio 1770, en Tibesar, ed., 1955, I, 176.
136. Serra a Andrés, 12 junio 1770, en Tibesar, ed., 1955, I, 166.
137. Nuttall, 1971, 192
138. Portolá a Croix, 15 junio 1770, en Boneu, ed., 1973, 147.
139. Portolá a Croix, 1 agosto 1770, AGI, Guadalajara, 417.
140. *Noticias de la Nueva California*, 1857, I, 386.
141. Bancroft, 1886, I, 124 y 165.
142. *Extracto*, 1770, en *Crónicas*, 1984, 20, da el 14 de abril como fecha de partida, mientras que Bancroft, 1886, I, 168, dice que salió en mayo.
143. Serra, *Diario de la expedición*, 1769, en Tibesar, ed., 1955, I, 48, dice "que las pocas bestias que en aquella misión [de Guadalupe] han quedado, con el expolio pesado del capitán, eran solas las viejas y poco menos que inservibles", y Serra a Bucareli, 22 abril 1773, en Idem, 332, afirma que Rivera dejó "pocas y las peores" mulas en Baja California y aún no se había repuesto ninguna.
144. López de Toledo a Croix, Loreto, 23 mayo 1770, en Boneu, ed., 1973, 82.
145. Bancroft, 1886, I, 168, dice que Rivera salió de Velicatá en mayo, y 171, dice que dos mensajeros que salieron de Monterrey el 14 de junio, para llevar las últimas noticias a Baja California, toparon con Rivera a punto de llegar a San Diego, llegando ellos a Todos Santos el 2 de agosto. El encuentro con el capitán se produciría, pues, a finales de junio o comienzos de julio. Chapman, 1923, 231, juzga que no se le podía exigir más prisa ni mejor rendimiento a Rivera en esta misión.
146. Rivera a Armona, 31 agosto 1770, en Boneu, ed., 1973, 107.
147. Vila, *Diario*, en *Crónicas*, 1984, 255 y 259.